

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES

CRÍTICA Y COMPLEJIDAD:
LÍMITES Y DESAFÍOS DEL PENSAMIENTO TEÓRICO EN SOCIOLOGÍA

TESIS
Que para obtener el título de
Licenciada en Sociología
presenta:

Teresa Azucena Rodríguez de la Vega Cuéllar

Asesora: Mtra. Mónica Guitián Galán

Ciudad Universitaria
2004



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

A mi madre,
mi referente más grande, por la vida vuelta trinchera,
porque no podría ser de otra manera, esto es para ti

A la UNAM,
ese gran laboratorio de experiencias colectivas

Al EZLN, a las Juntas de Buen Gobierno, al FZLN y a *i disobedienti*
porque estas páginas, disfrazadas de disertación académica,
son sólo una forma de decir que *otro mundo es posible*
porque lo estamos *construyendo*

A Massimo,
por el desafío que representas, por el apoyo cotidiano,
porque *estamos a la altura*, por lo lejos que podemos
mirar juntos.

No puedo hacer menos que dedicar este trabajo a todos aquellos que ahora y siempre me han acompañado. Porque de todos tengo un poco, les ofrezco un cachito de esto que soy y somos...

A Nora por lo maravilloso que ha sido y será crecer juntas, porque siempre serás mi mayor debilidad; a Héctor por la honestidad y la confianza; a Ricardo por los horizontes compartidos; a Mario por la complicidad de siempre; a Camila y a Cecilia por la alegría de verlas crecer; a mi padre porque aún queda mucho por andar; al abuelo, porque contigo más que con nadie se aplica eso del *más vale tarde que nunca*; a mis primas Victoria y Libertad; a José Luis.

A Mariana por la *promesa cumplida*, porque somos tan hermanas; a mis invencibles compañeras, la *Kikish*, Valeria y Ruth porque nada ha sido fácil pero sí muy divertido y porque siga pasando el tiempo *casi* sin darnos cuenta.

A Alejandro por el aprendizaje cotidiano, porque la sociología siempre será para mí el camino que nos trazamos juntos, gracias por todo Ale; a Emiliano por los desafíos múltiples y la entereza; al *Ishi* por el proyecto compartido y porque *esas cosas se dicen con cariño*.

A Arturo por la formación y la seguridad, porque siempre serás mi maestro; a Roberto por lo lindo que ha sido descubrirte cada vez más cerca.

A Tatiana, a César y a Pável por el cariño y la solidaridad.

A Camilo por todo lo que nació y crece contigo.

A Rafa y a Rox por los espacios compartidos.

A Alberto, Armando, Arturo, Beatriz, Juan Pablo, Gabriela, Guiomar, Lili, Roberto y Rosalba por lo lindo que ha sido conocernos.

Quisiera por último agradecer a Adriana Murguía, Fernando Castañeda y Teresa Ordorika por la lectura atenta y los valiosos comentarios que hicieron a este trabajo. Un agradecimiento especial a Mónica Guitián, cuya cálida y respetuosa asesoría fue fundamental para el desarrollo del mismo.

*Sin embargo, la realidad es resistente.
Tipificarla es un acto creativo y
no meramente reproductivo,
porque generalmente (inconscientemente)
encontramos formas ligeramente
nuevas de comprender.*

Jeffrey Alexander
La acción social y sus entornos

*Ningún intelectual se sumerge más en la historia,
en el presente,
que el sociólogo que hace su oficio.*

Pierre Bourdieu
Cuestiones de sociología

Introducción

Cuando mi Historia Académica sancionó la cobertura del cien por ciento de los créditos de la Licenciatura en Sociología, tuve el firme propósito de *aplicar lo que había aprendido* en el marco de una investigación concreta. Cuando emprendí tan ambiciosa tarea, descubrí que carecía de criterios para elegir, de entre la gran diversidad de discursos que conforman la dimensión teórica de la disciplina, aquél o aquellos que me brindaran las mejores posibilidades para *explicar* el fenómeno social que había elegido.

Sea cual fuera el enfoque teórico al que me acercara con el propósito de *mirar desde ahí* el fenómeno en cuestión –y con la certeza de que cualquier *elección* implica una *exclusión*– sabía que alguna dimensión del mismo quedaría excluida. Lo anterior me llevó, en un primer momento, a reconocer ingenuamente el carácter *complejo* del fenómeno que me había propuesto explicar. Este reconocimiento me llevó a destinar algunas líneas

de este trabajo a reflexionar sobre los desafíos que *la complejidad* de lo social impone a la tarea de conocerlo.

Poco a poco, las líneas se volvieron párrafos, los párrafos apartados, los apartados capítulos y el *recorte de realidad* que había motivado lo que en un inicio era apenas una reflexión epistemológica colateral, fue perdiendo terreno en las páginas de este trabajo. La caracterización de la complejidad me llevó a evaluar las herramientas que la teoría sociológica nos brinda para enfrentarla y el reconocimiento de los límites que esas herramientas presentan, me llevó a sugerir una alternativa. Ésta es la trayectoria que se lee en el capitulado de esta *aventura intelectual*¹.

Así, en el primer capítulo construyo un referente de complejidad que apunta al desafío que implica el trabajar desde la disciplina con observables siempre abiertos a asumir formas inesperadas en virtud de la intervención deliberada de actores sociales que transforman determinaciones en recursos. Este referente de complejidad fue el resultado de la recuperación de algunas connotaciones que diversos autores dan a la categoría de la acción social y de un análisis de la forma en la que la disciplina trabaja, y podría trabajar, con el pasado, el presente y el futuro de los fenómenos que estudia.

En el segundo capítulo, presento un análisis de la centralidad que la sociología otorga a la teoría en el cuadro de sus operaciones y de los límites que esto impone a la tarea de pensar en una *realidad social abierta*. La caracterización de dichos límites la hice a partir de un análisis acerca de la forma en la que opera la producción de enfoques teóricos en la disciplina que me llevó a plantear a la teoría como una empresa *autorreferente*.

¹ “Aventura intelectual. Extraña asociación la de estos dos términos. Lo intelectual evoca a la razón, al orden, a lo científico y bien estructurado, a lo sesudo y alejado del riesgo. Aventura, en cambio, es el nombre de la pasión, del libre juego resistiendo a la asfixia impuesta por las reglas, de lo impulsivo y lo espontáneo, de lo impredecible” (Pakman, 1994: 9).

Finalmente, en el tercer capítulo evaluó las posibilidades que la incorporación de la *crítica* al cuadro de operaciones de la disciplina puede abrir a la tarea de enfrentar el desafío que impone la complejidad de lo social. En esta evaluación definiendo a la crítica como una estrategia que permite acercar la forma en la que opera la disciplina a la forma en la que lo hace el sector de lo real al que ella se refiere (la sociedad).

Aun cuando gran parte de las preocupaciones teóricas de este trabajo las debo a la obra de Anthony Giddens, Pierre Bourdieu y Hugo Zemelman, el lector se podrá dar cuenta de que, en el tratamiento de cada uno de los problemas que abordo, acudo a una gran diversidad de categorías sin comprometerme con la *definición de sociedad* que proponen los enfoques teóricos en las que fueron acuñadas. Resultará evidente además que, en el tratamiento de un mismo problema, trabajo con propuestas teóricas que comúnmente se presentan como rivales en el debate académico. Si me moví deliberadamente en este aparente *eclecticismo* –que espero cobre sentido hacia las últimas páginas de este trabajo– es porque coincido con Bourdieu en lo siguiente:

En muchos casos no se puede hacer avanzar la ciencia más que a condición de poner en comunicación teorías opuestas, que a menudo se constituyeron las unas contra las otras. No se trata de realizar esas síntesis eclécticas que tanto han proliferado en sociología. Aunque habría que añadir [...] que la condena del eclecticismo ha servido frecuentemente como coartada de la incultura: es tan cómodo y fácil encerrarse en una tradición (Bourdieu, 2000: 26).

Capítulo I

Complejidad, acción y presente social

La inagotabilidad de lo real

“Como lo decía Shakespeare: «Hay más cosas en el mundo que en toda nuestra filosofía»” (Morin, 1994: 102). Si existe una certeza irrenunciable para la ciencia social es la que señala “la inagotabilidad de lo real frente al pensamiento” (Gutián, 1985: 9).

Lejos de ser un obstáculo para el desarrollo científico, la certeza de que la realidad rebasará siempre cualquier idea que se produzca sobre ella, constituye uno de sus principales motores. Es justamente la posibilidad de indagar sobre lo desconocido lo que mueve a la ciencia; en palabras de Sergio Bagú, en el conocimiento de la realidad social, “nuestro propio déficit pasa, así, a formar parte de nuestra dinámica” (Bagú, 1970: 12).

Esta certeza es tan básica para el conocimiento científico que es una de las raíces de uno de sus procesos fundamentales: la división del conocimiento en distintas disciplinas, es decir, la *parcelación disciplinaria* (Morin, 1994: 77), es producto de considerar este “carácter excedente de lo real” (Zemelman, 2003: 24).

Paralelamente, y dada su importancia en el debate actual sobre la labor científica –y en las instituciones académicas–, estamos obligados a tomar en cuenta como tendencia distinta a la diversificación disciplinar a las propuestas que, desde mediados del siglo XX, señalan la necesidad de atenuar las fronteras disciplinares¹ (Valencia, 1999: 1). Sin embargo:

Hasta el momento, las alabanzas al trabajo interdisciplinar en las ciencias sociales no han debilitado significativamente la fortaleza de los aparatos organizativos que protegen las disciplinas independientes. Más bien puede afirmarse lo contrario: la pretensión de cada disciplina a representar un nivel de análisis autónomo y coherente ligado a metodologías apropiadas se ha fortalecido por la razón de que los practicantes de las diversas disciplinas afirman constantemente que todas ellas tiene algo que aprender de las otras, algo que no podrían conocer si permanecieran en su propio nivel de análisis con sus metodologías específicas, y que este “otro” conocimiento es pertinente y relevante para la resolución de los problemas intelectuales en los que cada uno trabaja (Wallerstein, 1990: 400-401).

¹ “La serie mundial de coloquios y conferencias que han ocupado un lugar tan central para la comunicación científica en las últimas décadas ha tendido a reclutar a sus participantes de acuerdo con el objeto de estudio concreto, en general sin prestar mucha atención a la afiliación disciplinaria, y actualmente existe un número creciente de revistas científicas de primera magnitud que deliberadamente ignoran las fronteras disciplinares. Y por supuesto las múltiples cuasidisciplinas o «programas nuevos» que han surgido constantemente en el último medio siglo suelen estar compuestos por personas tituladas en múltiples disciplinas” (Wallerstein, 1996: 77-78).

Si bien las invitaciones a desaparecer progresivamente las fronteras disciplinares² han extendido y profundizado las comunicaciones entre las diversas áreas de la producción y difusión del conocimiento³ –sobre todo en lo que toca a la investigación empírica (*Vid* Germani, 1961: 12)–, no muestran posibilidades, por el momento, de contravenir de manera definitiva la independencia de las mismas –que es resultado de su desarrollo como discursos científicos y se sustenta en la organización de las instituciones académicas– (*Vid* Mills, 1961: 153-154).

Reconocidas las limitaciones de “encerrarse eternamente en el discurso total sobre la totalidad que practicaba la filosofía social” (Bourdieu, 2000: 37), al interior de la sociología este escenario se expresa en dos tendencias: por un lado –en el plano de la investigación empírica– tenemos a la *especialización* (*Ibid*: 42-43, 76), proceso caracterizado por la creación de un gran número de campos de conocimiento abocados a estudiar recortes temáticos de la realidad social. La segunda tendencia, eminentemente teórica, es la diversificación de aparatos explicativos, es decir, el *fraccionamiento teórico* (*Vid* Morin, 1994: 77).

La diferencia entre estas dos tendencias consiste en que, mientras la especialización se refiere a la aparición de distintas explicaciones sociológicas *sobre* distintos recortes temáticos, la diversificación de aparatos explicativos consiste en la producción de distintos esquemas teóricos que, *desde* determinados recortes conceptuales, buscan explicar al conjunto de la sociedad. En este sentido, no es lo mismo hacer

² Quizá la invitación teóricamente más consecuente es la de la *transdisciplina*, propuesta adscrita generalmente a la teoría de sistemas. Mientras que la multi y la interdisciplina son propuestas que invitan a trabajar *desde* las distintas áreas disciplinares, la transdisciplina se plantea como *indisciplina* (Morin, 1994: 79).

³ Por obvio que pueda parecer, hay que reconocer que uno de los grandes aportes que han hecho las posturas inter, multi o transdisciplinarias es el resolver la cuestión de si “las divisiones ¿se construyen o se constatan?” (Bourdieu, 2000: 87) poniendo de relieve que la realidad no se divide por sectores tal y como es estudiada por las distintas disciplinas y de que, por lo tanto, hay que tener conciencia de que cualquier recorte es puramente analítico: “las fronteras del mapa no existen en el territorio, sino sobre el territorio, con alambres de púa y aduaneros” (Morin, 1994: 62).

sociología sobre determinadas estructuras sociales que adscribirse a la teoría sociológica estructuralista⁴.

Puestos frente a la inagotabilidad de lo real, en el terreno de la especialización se podría percibir un ambiente cooperativo en el que cada campo de conocimiento sociológico hace su trabajo y contribuye así al conocimiento de la realidad social.

Pero la sociología es en realidad un *campo de batalla* y esto es así porque en el terreno de la producción de aparatos explicativos se juegan definiciones de sociedad (Alexander, 2000A: 12) y, en esa medida, cada aparato pone en cuestión la validez de otros:

La ciencia social no avanza únicamente a partir de la compulsión de expandir los estudios dedicados a la investigación empírica, sino que el motor principal del progreso científico es el conflicto y la síntesis entre diferentes tradiciones de pensamiento (Zabludovsky, 1995: 133).

La diversificación de aparatos explicativos

Desde mediados del siglo XX, después de cierta preponderancia de la escuela parsoniana estructural-funcionalista y, a decir de Jeffrey Alexander, como resultado del desarrollo de la *agency*⁵ como categoría explicativa (Zabludovsky, 1995: 293), la empresa sociológica ha asistido a

⁴ Esta diferencia puede ser ilustrada acudiendo a la defensa que hace Jeffrey Alexander de la *sociología cultural* como enfoque teórico frente a la *sociología de la cultura* como recorte temático. Mientras que la segunda opción implica elaborar explicaciones sociológicas *sobre* fenómenos considerados de orden *cultural*, la *sociología cultural* explica a la sociedad *desde* una perspectiva cultural (Alexander, 2000B: 31).

⁵ Fuera de las fronteras disciplinares de la sociología, concretamente desde la disciplina histórica, uno de los aportes más significativos para el desarrollo de la categoría de agencia es el que hace Edward P. Thompson en su libro *The Poverty of Theory* (Vid Anderson, 1985: 17-64).

la proliferación (y a la recuperación) de numerosos enfoques teóricos (*Ibid*: 127-128).

Esto, a lo que algunos llaman el carácter *multiparadigmático* de nuestra disciplina⁶ –apreciado por muchos como un arma contra el dogmatismo (*Vid* Giddens y Turner, 1990: 12)–, es resultado de la diversidad de respuestas que, desde el trabajo teórico, se ha dado a tres cuestiones básicas: “¿Qué ocurre en el universo social? ¿Cuáles son las propiedades fundamentales del mundo? ¿Qué tipo de análisis es posible y/o apropiado?” (*Ibid*: 17).

Ante la certeza, generalmente explícita, de que no puede explicarse *todo* lo social⁷, se afirma que lo conveniente es abocarse a explicar aquello de lo social que atraviesa a todo lo social y, de cierta forma, lo determina, es decir, lo *fundamental*. Por ejemplo:

La acción social o humana ha sido un tema privilegiado y recurrente en la filosofía y en la teoría social. La fascinación por el problema de la acción en el pensamiento social ha estado vinculada con la idea de que en ella se encuentran los enigmas de nuestra condición humana o que a través suyo se teje la tela de la sociedad (Castañeda, 2002: 23).

Rodrigo Jokisch plantea que en la determinación de una dimensión *fundamental* se procede de la siguiente manera:

⁶ En este escenario nos encontramos, según Gina Zabudovsky, con que “algunas escuelas de pensamiento que habían pasado a un segundo término dentro de la agenda de nuestras disciplinas como la fenomenología (Schütz), la hermenéutica (Gadamer y Ricoeur), la teoría crítica (Habermas), el interaccionismo simbólico y el estructuralismo son rescatadas y revitalizadas [...]. A estos enfoques se agregan otros de reciente desarrollo como el de la etnometodología (Geertz), la teoría de la estructuración (Giddens) la «teoría de la práctica» (Bourdieu), el «deconstruccionismo» y la reemergencia del estructural-funcionalismo de tipo parsoniano (Luhmann, Munch, Alexander)” (Zabudovsky, 1995: 127).

⁷ “En las situaciones concretas de la práctica científica no se puede pretender construir problemáticas o teorías nuevas sino cuando se renuncia a la ambición imposible, que no es escolar ni profética de decirlo todo, sobre todas las cosas y, además, ordenadamente” (Bourdieu, *et. al.*, 1998: 24).

Primero, la acción (u otra categoría adecuada) es postulada como el elemento último de la sociedad. A continuación, se demuestra cómo las acciones conducen hacia las relaciones sociales y cómo éstas, por su parte, se pueden convertir en tipos sociales. Luego, la consecuencia de ello es el surgimiento de las así llamadas instituciones (Jokisch, 2002: 82).

Así, todos los aparatos conceptuales que se han producido en el ámbito de las eternas polémicas de la sociología –que hoy toman la forma de la oposición entre *agencia* y *sistema* y que tienen su origen en la oposición entre individuo y sociedad, libertad individual y orden exterior, sobre la que tomó postura toda la sociología clásica (Roitman, 1999: 99)–, incluyendo aquellos enfoques que han propuesto la superación de las mismas⁸, comparten una característica esencial más allá de sus aparentes contraposiciones: todos ellos confían en que cuentan con los instrumentos conceptuales idóneos para explicar *lo fundamental* de aquello que acontece en el plano de lo social.

Ésta es la certeza con la que Max Weber estima que “la sociología en modo alguno tiene que ver *solamente* con la acción social; sin embargo, ésta constituye [...] el dato central, aquél que para ella, por decirlo así, es *constitutivo*” (Weber, 1964: 20) y con la que Luhmann afirma la centralidad de la distinción entre sistema y entorno (Luhmann, 1996: 12). En *Las nuevas reglas del método sociológico* se brinda un mapeo interesante, acerca de distintas posturas que aspiran a “cubrir la esfera completa de la conducta humana para acomodarla a su esquema lógico particular” (Giddens, 1997: 80).

⁸ Entrevistado por Gina Zabłudovsky, Alexander sostiene que a partir de la Segunda Guerra Mundial la teoría sociológica ha cruzado por tres etapas: “la primera es la funcionalista, la segunda la antifuncionalista y la tercera la de esfuerzos de síntesis” (Zabłudovsky, 1995: 295).

Con altas y bajas en la intensidad del debate, con momentos en los que se puede hablar de cierta preponderancia de algún enfoque teórico y momentos en los que parece que el destino inevitable de la sociología es el de la eterna diversificación, la posibilidad de explicar *lo fundamental* calma el desasosiego que puede provocar la certeza de la inagotabilidad de lo real.

Anclada en la confianza en que “no hay motivo para asumir que los datos sociales, las relaciones interpersonales, sean menos accesibles a la comprensión humana que las relaciones planteadas entre fenómenos no humanos” (Elias, 1990: 23), la sociología avanza y vive en medio de un sinnúmero de disputas teóricas sin detenerse ante la certeza de que jamás conocerá todo lo cognoscible. Regresando a lo dicho en el inicio de este trabajo, la inagotabilidad representa una condición frente a la que los sociólogos se ubican con relativa comodidad.

Y esto es así porque la inagotabilidad es una condición que se impone a la sociología pero no constituye un problema sociológico. La inagotabilidad de lo cognoscible se impone no sólo a la sociología sino a toda empresa científica; el mundo de los fenómenos biológicos es igualmente inagotable. En la medida en que no es un problema social, la inagotabilidad de lo real no puede ser un problema sociológico y, por lo tanto, no es una categoría que nos permita llegar muy lejos en su caracterización como desafío para la disciplina.

Pero existe una categoría que hoy en día forma parte del vocabulario común en sociología y que permite trascender a la inagotabilidad: la *complejidad* como el desafío que la realidad social impone al trabajo sociológico pues pone de relieve “nuestra incapacidad para definir de manera simple, para nombrar de manera clara, para poner en orden nuestras ideas” (Morin, 1994: 21) acerca del mundo que queremos explicar.

La complejidad como categoría

Edgar Morin plantea que la complejidad, “a primera vista, es un fenómeno cuantitativo, una cantidad extrema de interacciones e interferencias entre un número muy grande de unidades” (Morin, 1994: 59). Actualmente es muy común encontrar el concepto de *complejidad* como caracterización de una supuesta multiplicación de ámbitos de la vida social en la época actual, de un “aumento en la cantidad y en la diversidad de la interacción social” (Wolf, 1987: 25). Independientemente de las distintas filiaciones teóricas, por lo general se asume que la *complejidad* indica la multiplicación de elementos y relaciones posibles entre ellos (Baraldi, *et. al.*, 1996: 43).

Así, la complejidad provoca que las soluciones teóricas que en su momento pudieron presentarse perennes develen sus límites en una situación a la que la teoría de sistemas apela con el nombre de *nueva intransparencia* (Luhmann, 1996: 11).

Karl R. Popper plantea que:

A cada paso que avanzamos y a cada problema que solucionamos no solamente se nos descubren nuevos problemas pendientes de solución, sino que se nos impone la evidencia de que incluso allá donde creíamos estar sobre suelo firme y seguro todo es, en realidad, inseguro y vacilante (Popper, 1978: 9).

Así, el concepto de *complejidad* se utiliza como un diagnóstico que señala que “la sociedad actual [...] admite una complejidad mayor de las sociedades precedentes” (Baraldi, *et. al.*, 1996: 45) y como indicador de una tendencia progresiva (*complejización*).

Refiriéndose a la multiplicación de ámbitos de la vida social, Alberto Melucci señala que en la actualidad nos encontramos ante sociedades

complejas en la medida en que asisten a un *proceso de diferenciación* que es definido por el autor en los siguientes términos:

El sistema se considera diferenciado cuando una multiplicación de los ámbitos de vidas, de experiencias, de relaciones, se caracteriza cada vez más por la diversidad de las reglas, lógicas y lenguajes que caracterizan a cada uno de estos ámbitos (Melucci, 1999: 85).

El autor italiano plantea que estos procesos provocan una *condición de incertidumbre* para los actores pues la inmensa variabilidad de los ámbitos de vida impone ritmos demasiado acelerados a la reflexividad y la elección (*Ibid*: 86-87).

Si esto ocurre en el plano de la acción de los sujetos, no es difícil imaginarse las dimensiones del desafío que plantea para la producción teórica un escenario en el que para cada ámbito de la vida social parece haber una dinámica específica que da sentido a lo que ahí ocurre y brinda posibilidades de reproducción a las prácticas sociales que lo sustentan (*Vid* Bagú, 1970: 97 y Heller, 2000: 21).

A raíz de esto se complica la posibilidad de definir líneas que se presenten lo suficientemente extensas como para presumir que atraviesan al conjunto de la sociedad. Lo *fundamental* se pierde en el “exceso de realidad” (De Sousa, 1998: 15) al que nos enfrentamos como disciplina.

Ahora bien, quedarnos con esta noción, que define a la *complejidad* como el resultado de la multiplicación de ámbitos de la vida (como diagnóstico o como tendencia progresiva), trae consigo un riesgo que hay que tomar en cuenta. Si asumimos una *definición cuantitativa de lo complejo* que apunta a la infinidad (progresiva) de los elementos que componen la vida social⁹ y que un fenómeno es *complejo* porque en él intervienen un sin fin de factores (y cada vez intervendrán más),

estaríamos conformándonos con el contenido inasible de la inagotabilidad de lo real al que sólo agregaríamos un componente progresivo. Lo único que podríamos obtener de esta actitud es un gran desasosiego ya no sólo ante la certeza originaria de la imposibilidad de decirlo *todo*, sino ante la seguridad de que cualquier enfoque dirá muy poco de la “naturaleza dislocada y fragmentante de la modernidad” (Giddens, 1997: 19), de ese “pozo sin fondo de *interacciones y reacciones indeterminables*” (Sartori, 1998: 58) que es el mundo social.

Ciñéndonos a este escenario, tendríamos que aquella impresión de la disminución creciente de los espacios oscuros de la realidad ante el conocimiento de la que hablábamos quedaría invalidada y, en su lugar, tendríamos un proceso inverso que apunta a la multiplicación de espacios oscuros sobre la que es muy difícil operar desde la disciplina.

Del otro lado, obviar la integración de la *complejidad* al lenguaje sociológico trae consigo otro riesgo que nos obliga llevar la discusión más lejos. Dicho riesgo consiste en una actitud de *vigilancia cero* que nos llevaría a trabajar desde la inobjetable certeza de que el recorte conceptual que hagamos, cualquiera que éste sea, será representativo de los elementos y/o dinámicas más *fundamentales* de la vida social y que la multiplicación de enfoques (como tendencia progresiva) resuelve el problema de la multiplicación (igualmente progresiva) de ámbitos de la realidad social. Ésta es la actitud a la que Edgar Morin se refiere con el apelativo de *reducción arrogante*, aquella “que cree poseer la verdad simple, por detrás de la aparente multiplicidad y complejidad de las cosas” (Morin, 1994: 143).

Las consideraciones anteriores nos invitan a construir un referente de *complejidad* que no inmovilice al quehacer teórico pero que tampoco

⁹ Esta imagen de una realidad cuyos elementos se *bifurcan al infinito* es uno de los orígenes, según Pablo González Casanova, de la importancia que hoy tiene el *caos* como categoría en las ciencias sociales (González Casanova, 1999: 3).

presuponga que el simple hecho de trabajar con base en un enfoque teórico nos libra de todo reduccionismo.

El desafío consiste, entonces, en ubicar el plano de lo real en el que sea posible destacar a la *complejidad* como un carácter inmanente de la sociedad que impone determinadas exigencias a la construcción de conocimiento. Dicho en otras palabras, habría que construir un referente de *complejidad* que, en la medida en que constituya un problema social, sea susceptible de tomarse como un problema para el conocimiento sociológico. Necesitamos un referente de *complejidad* que, como lo señala Morin, sea “el desafío, no la respuesta” (Morin, 1994: 143); para este autor “*la complejidad es una palabra problema y no una palabra solución*” (*Ibid*: 22).

Lo que habría que preguntarse entonces es qué de lo social permite hablar de *complejidad*. Podría responderse, desde la visión cuantitativa que plantea que “la complejidad es un tejido (*complexus*: lo que está tejido en conjunto) de constituyentes heterogéneos inseparablemente asociados” (*Ibid*: 32), que lo social se compone de un sinnúmero de estructuras que a su vez se componen de otras estructuras. Así, la gran cantidad de estructuras y las relaciones que se tejen entre ellas sería la imagen de la *complejidad*. Pero esto tampoco es un problema exclusivamente social; el mundo de los fenómenos biológicos se compone de un sinnúmero de especies que entran en múltiples relaciones entre sí y con el medio; de la misma manera, la materia, objeto de interés de la ciencia física, está constituida por cantidades inmanejables de partículas que se entretrejen de muchísimas formas distintas¹⁰.

Si la *complejidad* de lo social representa un problema para la sociología es porque vuelve contingentes sus conclusiones, las hace provisionales. Lo característico de la *complejidad* del mundo social es

¹⁰ Cuando la ciencia física creía haber encontrado la unidad última e indivisible de la que se componía toda la materia, se puso de relieve que el átomo “era, en sí mismo, un sistema muy complejo compuesto de un núcleo y electrones” (Morin, 1994: 90).

entonces su naturaleza progresiva, es decir, la *complejidad* en el plano de lo social se presenta como *complejización*.

Habría que indagar entonces en qué radica esta *complejización*, lo equivaldría a establecer qué es lo que provoca que la realidad le tome permanentemente la delantera a la teoría.

Indagando en esta dirección, acudimos a posturas teóricas que, si bien no trabajan el problema de la *complejidad* como una categoría central, apuntan a una esfera de lo social –la de la acción– que, a la luz de nuestra línea de análisis, será de gran utilidad.

La acción social

La categoría de la *acción social* ha contribuido de manera importante en el proceso de diferenciación que la sociología ha tenido frente a las ciencias naturales en lo que respecta a la caracterización del sector de la realidad que interesa a cada área:

La diferencia entre sociedad y naturaleza está en que la naturaleza no es un producto humano, no es creada *por* acción humana. Si bien no la produce una persona determinada, la sociedad es creada y recreada de nuevo por los participantes [...] en cada encuentro social (Giddens, 1997: 31).

Si los seres humanos están en condición de *crear y recrear sociedad*, si su acción puede entenderse como *acción creativa* (Kozlarek, 2002: 56), es porque dotan a su mundo y a lo que hacen en él de una representación mental, de un *sentido*:

Marx, al definir su concepto de trabajo, afirma que lo que distingue el hacer humano del hacer de las abejas es que los humanos actúan con base en una representación mental. La acción humana contiene una representación mental que la guía, mientras que el hacer animal es instintivo (Castañeda, 2002: 23).

Uno de los argumentos que desde la teoría de la acción social se opone al funcionalismo de Talcott Parsons es el que señala lo siguiente:

En el “marco de referencia de la acción” de Parsons no hay acción; sólo hay conducta impulsada por disposiciones de necesidad o expectativas de rol. La escena está montada pero los actores sólo actúan según libretos que ya han sido escritos para ellos (Giddens, 1997: 32).

Esta crítica parte de la convicción que ha acompañado a toda la teoría de la acción (excepto, claro, a la del propio Parsons), a ciertas vertientes del marxismo y a la fenomenología, de que en el mundo social se juega algo más que lo que sus estructuras disponen para los actores (Heritage, 1990: 295). Ese *algo más* es ni más ni menos que lo que dota del carácter *social* a una conducta humana:

Por “acción” debe entenderse una conducta humana [...] siempre que el sujeto o los sujetos de la acción *enlacen* a ella un *sentido* subjetivo. La “acción social”, por tanto, es una acción en donde el sentido mentado por un sujeto está referido a la conducta de *otros*, orientándose por ésta en su sentido (Weber, 1964: 5).

La tradición de pensamiento que se desprende de este enunciado clásico de la sociología tiende a privilegiar lo que los actores hacen por sobre lo que, según cualquier ordenación estructural, están destinados a hacer, noción propia del esquema de Parsons, que defiende a la

«interiorización de valores» como la explicación del obrar humano¹¹ (Giddens, 1997: 37).

Lo anterior implica no sólo el hecho de que los actores actúan de manera relativamente autónoma respecto a las disposiciones del plano estructural en el que se desenvuelven, sino, ante todo, que saben del mundo en el que viven lo necesario para saber lo que hacen.

Llámesele como se le llame (*sentido común, mundo de la vida, saber mutuo, acervo de conocimiento, conciencia práctica, conciencia discursiva, entendimiento*), este saber alude a la capacidad de los sujetos de entender su mundo y actuar con esa base:

La acción social es básicamente el resultado de un conocimiento social colectivamente construido y compartido que da sentido y posibilita la acción y que se produce y se reproduce mediante esta misma (Castañeda, 2002: 38).

Lo que se intenta defender desde estas posturas es que, independientemente de lo que las estructuras destinen para el *estar* del individuo en el mundo social, aquél tiene la capacidad de entenderlo porque, en última instancia, es obra de otros como él. Esto es a lo que se refiere la categoría fenomenológica de la *objetivación* (Berger y Luckmann, 1968: 117).

Aunque se asume que este saber es estructural –la estructura social es definida como el conjunto de las tipificaciones de los actores y las pautas de acción que de ellas se desprenden (*Ibid*: 52)– la fenomenología se deslinda de categorías como la de *exterioridad* con la idea –presente ya en el interaccionismo simbólico (Joas, 1990: 115)– de que los sujetos no actúan *en* el mundo sino también *sobre* él. Esto ocurre a partir de una

¹¹ Esta idea es extrañamente compartida por la fenomenología de Peter L. Berger y Thomas Luckmann, autores que destinan, en *La construcción social de la realidad*, todo un capítulo a establecer a la *internalización* de la realidad como *el* proceso que define a la

manipulación creativa del sentido común basada en lo que Schütz llama *situación biográfica* (Natanson, 1995: 17-18), en el hecho de que “la realidad de la vida cotidiana se organiza alrededor del «aquí» de mi cuerpo y el «ahora» de mi presente” (Berger y Luckmann, 1968: 39).

Los autores de *La construcción social de la realidad* plantean que el problema de los enfoques estructuralistas es el que siempre correrán el riesgo de caer en una *reificación* de los fenómenos sociales (*Ibid*: 230), proceso en el “que el mundo objetivado pierde su comprensibilidad como empresa humana y queda fijado como facticidad inerte, no humana y no humanizable” (*Ibid*: 117).

En el mismo ánimo de reivindicación de la capacidad del sujeto de imprimir un *sentido* de manera más o menos autónoma a lo que hace, Giddens opone la categoría de «causalidad de agente» a la de «causalidad de suceso» (Giddens, 1997: 108).

El desafío planteado por la teoría de la estructuración se traduce en la necesidad de trasladar *lo fundamental*, en dejar de situarlo (sólo) en los enlaces causales-funcionales del plano estructural y ubicarlo (también) en los enlaces reflexivos que los actores imprimen a su *estar en el mundo*:

El progreso del entendimiento de sí del hombre avanza en el sentido de liberar a los individuos de la servidumbre de la causalidad (en la que su conducta aparece exactamente como una serie más de sucesos “en naturaleza”) y expandir la esfera de la “acción libre” (*Ibid*: 82).

Para la sociología, este carácter *libre* de la acción representa un desafío enorme pues implica que la elaboración de enunciados sobre el mundo social se vuelva una empresa sumamente contingente. Si la acción social es resultado de la manipulación creativa y recreativa que los actores

socialización de los individuos, en cuya fase secundaria, el sujeto actúa con base en la internalización de *roles* (Berger y Luckmann, 1968: 164-227).

hacen de su mundo y de lo que saben de él, la esfera de la acción se presenta como un asunto profundamente cambiante para una disciplina que pretende arrojar conclusiones más o menos estables.

Retomando lo dicho en los primeros apartados, podemos proponer a la acción social como uno de los espacios en los que es posible ubicar a la *complejidad* como un problema social susceptible de constituir un problema para la sociología.

Pero es justo en este punto en el que algunos autores invitan a detenernos un poco. Si lo *fundamental* de la acción social es, tal y como lo defendía Weber, el *sentido* que se le imputa, la distancia ante los asuntos de la naturaleza se acorta. Al respecto Giddens señala que:

La mayoría de los estudiosos de la conducta humana aceptan que esta conducta tiene “sentidos” o que “está dotada de sentido” como no sucede en el mundo natural. Pero [...] resulta evidente que el *mundo natural* tiene sentido para nosotros [...] Procuramos y por lo común conseguimos volver “inteligible” el mundo natural, exactamente como lo hacemos con el mundo social (*Ibid*: 101).

Desde una postura aparentemente opuesta a la de Giddens –el realismo– John R. Searle nos dice lo siguiente:

Las funciones no son intrínsecas a la física de ningún fenómeno, sino que son enteramente asignadas por observadores y usuarios conscientes. *En una palabra: las funciones nunca son intrínsecas sino relativas al observador* (Searle, 1997: 33).

El autor plantea que cuando dotamos de *sentido* a los sucesos de la naturaleza estamos “asignando o imponiendo” funciones que la naturaleza ignora por completo¹².

Este problema es resultado de considerar al *sentido* como un fenómeno observable *fuera* de la acción. Si el *sentido* es algo que se *imputa* a la acción quiere decir que es *exterior* a la misma. Ahora bien, el hecho de que el mundo social tiene un *sentido* para los actores es evidente. El problema no es la categoría de *sentido*, lo que habría que poner entre paréntesis es la categoría de la *imputación* y, desde ahí, reformular la relación entre *sentido* y acción social.

El sentido y los momentos de la acción

Según Giddens, uno de los avances que la fenomenología de Schütz tuvo respecto a lo planteado por la sociología comprensiva de Weber y por la filosofía de la acción, es el que alude a que:

Es erróneo suponer que “imputamos” un sentido a una acción vivenciada, ya que nos hallamos inmersos en la acción misma. La “imputación” de sentido a experiencias, que implica una mirada reflexiva sobre el acto por parte del actor o de otros, es algo que sólo puede aplicarse retrospectivamente, a actos ya realizados (Giddens, 1997: 45).

¹² Searle pone el siguiente ejemplo: “Cuando decimos que «la *función* del corazón es bombear sangre» estamos haciendo algo más que registrar [...] hechos intrínsecos. Estamos disponiendo esos hechos en relación a un sistema de valores albergados por nosotros. Intrínseco a nosotros es que alberguemos esos valores, pero la atribución de ellos a la naturaleza independientemente de nosotros es relativa al observador” (Searle, 1997: 33).

Así, mientras que el *sentido* que damos a los eventos de la naturaleza es externo a ellos mismos, el *sentido* de la acción social es parte de la acción misma. Por lo tanto:

La diferencia entre el mundo social y natural consiste en que este último no se constituye a sí mismo como “provisto de sentido”: los sentidos que posee son producidos por seres humanos en el curso de su vida práctica y como consecuencia de sus esfuerzos por entenderlo o explicarlo para sí mismos. Por su lado, la vida social [...] es *producida* por sus actores componentes precisamente en función de su activa constitución y constitución de marcos de sentido, por medio de los cuales organizan su experiencia (*Ibid*: 102).

En sintonía con lo planteado por Harold Garfinkel (*Vid* Heritage, 1990: 322), Giddens plantea que es imposible salir del flujo de la acción (Giddens, 1997: 15-16) y que, por lo tanto, imputar a ella un *sentido* a través de la definición de sus *intenciones* o *motivos*, representa una interrupción reflexiva de la acción que no es propia de su operar (*Ibid*: 97).

Por lo que toca a las *intenciones*, el autor plantea que “la noción de intención implica lógicamente la de acción, y por consiguiente la presupone, y no a la inversa [porque] un actor no puede «intentar» simplemente, tiene que intentar hacer algo” (*Ibid*: 96). En este sentido, el simple hecho de *intentar* es una acción y no un momento externo a la misma.

Si expresamos gráficamente la idea a la que Giddens se enfrenta con estas afirmaciones, tenemos algo más o menos como lo siguiente:



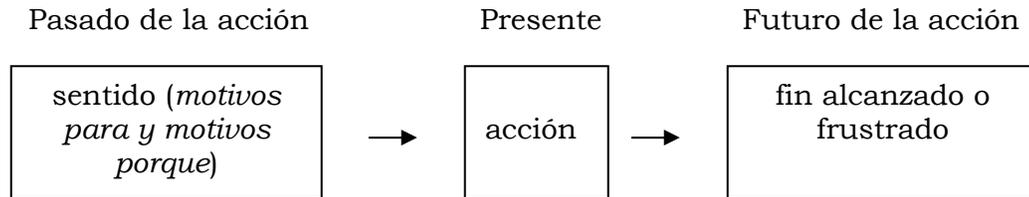
Este esquema supone, a partir de una traducción mecánica del planteamiento weberiano de la acción provista de *sentido*, que es posible explicar a la acción social a través del aislamiento de lo que la *motiva* asumiendo que el *sentido antecede a la acción*, es decir, que el *sentido es causa de la acción*.

Pero, como lo plantea el mismo Giddens, “una acción no es una sucesión de actos discretos que contenga un agregado de intenciones, sino un proceso continuo” (Giddens, 1995: 398). En el fluir de la realidad social no hay un momento observable al que podamos llamar *sentido* y, por lo tanto, no podemos depositar en él la confianza de la explicación de los fenómenos sociales. Lo observable en el plano de lo social es el *continuum* de la acción.

Otra confusión que se ha desprendido de los planteamientos de Weber –específicamente el de la acción teleológicamente orientada– es la que lleva a separar analíticamente el momento de la acción al de la definición del *fin* de la misma. Desde esta postura se asume que el *sentido* de una acción está dado por la síntesis entre el acervo de conocimiento del sentido común y el fin que se quiere alcanzar con dicha acción. En la tradición fenomenológica, el *sentido* de una acción es la conjunción de los *motivos para* (metas anticipadas o fines) y los *motivos porque* (experiencia acumulada) (Gutián, 2002: 183).

En este caso sucede lo mismo que con el de las intenciones pues el *sentido* sigue considerándose un momento separado del de la acción, un momento de racionalización en el que la acción se detiene para proyectar un *fin*. Para la fenomenología de Schütz, “el fin que Weber identifica con el sentido mentado o subjetivo es en realidad un ejercicio de racionalización y no propiamente un componente de la acción que se está realizando” (Castañeda, 2002: 24).

Expresado gráficamente, lo anterior se vería más o menos así:



En este esquema, el momento de la acción se halla completamente subordinado al de la consecución de un fin determinado con anterioridad. La acción se considera el resultado del *sentido* que se le imputa y un *medio* para la consecución de un *fin*:

Entender a la acción como acción teleológica implica entenderla como orientada hacia ciertos propósitos. De esta manera, la acción se reduce a un momento secundario. Se trata de un medio para alcanzar ciertos fines. Por parte del actor esto supone la necesidad de tener que tomar decisiones anteriores a la acción. He aquí la reproducción de una lógica que separa mente y cuerpo, teoría y praxis o intencionalidad y acción (Kozlarek, 2002: 64).

Siguiendo el tratamiento que da Giddens a la categoría de *intención*, podemos decir que categorías como la de *sentido* o la de *fin* sólo tienen algún contenido cuando se *ejercen*, es decir, cuando están acompañadas de un verbo (*dotar* de sentido, *proyectar* un fin). Esto equivale a decir que nociones como las de *sentido* o *fin* constituyen un observable relevante para la sociología cuando son consideradas una acción¹³.

¹³ Lo mismo ocurre con la categoría de estructura, que no dice nada sino data de cómo *opera*, y *operar* es un verbo. Desde esta óptica, el mérito de la teoría de la estructuración de Giddens no se debe sólo a haber propuesto una síntesis teórica entre agencia y estructura –mérito adjudicable también a la teoría de la acción comunicativa de Habermas y a la teoría del *habitus* de Bourdieu (Gutián, 2002: 177)– sino también a dar a la *estructura* una connotación activa con la categoría de la *estructuración*. El mérito consiste en poner de relieve la oposición entre categorías “activistas” y categorías “pasivistas” (Jokisch, 2002: 73) y optar por las primeras. En la teoría de la

El problema entonces es cómo delimitar a la acción, como definirla como unidad de análisis¹⁴. En el esquema de la acción teleológicamente orientada, y aun en algunos planteamientos de la fenomenología, el problema es fácil de resolver pues la acción empieza ahí en donde el actor proyecta un fin y termina ahí en donde ese actor lo ve alcanzado o frustrado¹⁵.

Sin embargo, la idea de que no hay momentos (*sentido* o *fin*) distintos al de la acción, nos obliga a replantear la forma en que pasado y futuro, lo que antecede y procede a una acción, son tratados desde la disciplina.

Pasado y futuro

Cuando desde la sociología –concretamente desde el trabajo empírico– se hacen referencias al pasado y al futuro, suelen hacerse con base en fórmulas causales que ubican al pasado como el *antecedente* de lo que se

estructuración, el tránsito de la categoría de la *estructura* (objeto pasado) a la de la *estructuración* (proceso-presente), es un avance en esta dirección (Turner, 1990: 234) al igual que el paso del *sujeto* al *agente* y del *sentido común* a la *reflexividad*. Un esfuerzo en la misma dirección puede leerse en la *Teoría de la posmodernidad* de Zygmunt Bauman: “La teoría de la posmodernidad avanzaría si prescindiera de conceptos como *sistema* en su sentido organicista y ortodoxo o, para el caso, el de *sociedad*, los cuales sugieren una totalidad soberana, lógicamente anterior a sus partes; y por cuyo bienestar o perpetuación trabajan las unidades más pequeñas –y, por definición, subordinadas–” (Bauman, 2002: 162).

¹⁴ Desde la teoría de sistemas se ha intentado demeritar el estudio de la acción social, diciendo que, ante su carácter indeterminado, lo que habría que analizar es lo que media entre una acción y otra (Castañeda, 2002: 24).

¹⁵ Lo que estos planteamientos ignoran es que la acción no necesariamente termina ahí en donde el actor lo decide. Giddens plantea que, así como el actor no puede tener en cuenta todos los factores que condicionan una acción (*condiciones inadvertidas*), tampoco puede decidir cuándo ésta termine de producir consecuencias que nada tienen que ver con el fin proyectado (*consecuencias no buscadas*) (Guitián, 2002: 185). El mismo argumento puede ser rastreado en la defensa que Morin hace de la acción como un referente crucial para el pensamiento complejo dada la aleatoriedad a la que está sujeta: “En el momento en que un individuo emprende una acción, cualesquiera que fuere, ésta comienza a escapar de sus intenciones. Esa acción entra en un universo de interacciones y es finalmente el ambiente el que toma posesión, en un sentido que puede volverse contrario a la intención inicial” (Morin, 1994: 115).

observa en el presente y al futuro como *prospectiva*, es decir, como lo que la disciplina puede *esperar* para determinados procesos en curso.

El problema que presenta este esquema es que en él se ve desplazado el objeto de interés del proceso observado hacia un pasado y un futuro que funcionan como su *antes* y su *después*. Recordemos que, para nosotros, esto es insostenible dada la evidencia de que la acción social es un *continuum* que no reconoce momentos distintos a sí misma. Y lo que aquí hemos sostenido referente a las acciones vale para todos los procesos sociales.

Sin embargo, detrás de este *buscar en el pasado algunas explicaciones para los sucesos contemporáneos y suponer que de éstos pueden anticiparse algunas consecuencias*, existe una premisa –que pocas veces se hace explícita y que recupera el contenido nominal de la categoría de la *contemporaneidad* como cruce de temporalidades (Modonesi, 2004)– a partir de la cual podemos plantear desafíos interesantes para la disciplina.

Dicha premisa podría formularse de la siguiente manera: *en los fenómenos sociales contemporáneos existen elementos de pasado y de futuro que hay que indagar para lograr una explicación completa de los mismos* o, dicho de otra manera: “en todo evento están contemporáneamente presentes tanto el antes como el después” (Baraldi, *et. al.*, 1996: 76). En los siguientes apartados nos dedicamos a trabajar esta premisa y a dibujar el desafío que representa para la disciplina en términos de la *complejidad* el asumir que, en el plano de lo social “pasado y futuro no son puntos de partida o de llegada, sino horizontes de posibilidad” (*Ibid.*: 155).

El pasado presente

Tomar distancia de la postura que trabaja con la dimensión temporal del pasado asumiéndolo como *antecedente*, nos obliga a buscar un referente de pasado que sea observable en el presente. La pregunta que habría que responder entonces es: ¿qué es lo que de pasado tiene el presente? Lo que estaríamos buscando sería, según la formulación de Rodrigo Jokisch, el *pasado presente* (Jokisch, 2002: 123).

Para esto, es sumamente útil acudir a una formulación clásica del materialismo histórico que enuncia que:

Los hombres hacen su propia historia, pero no la hacen a su libre arbitrio, bajo circunstancias elegidas por ellos mismos, sino bajo aquellas circunstancias con que se encuentran directamente, que existen y les han sido *legadas por el pasado* (Marx, 1985A: 323)¹⁶.

Desde esta perspectiva, el pasado opera en los procesos sociales presentes como las *condiciones* de las que éstos parten. En la terminología de Pierre Bourdieu estas *condiciones* constituyen la *historia hecha cosa* (Bourdieu, 2000: 75). Esta categoría contiene dos dimensiones, una que la señala como una determinación para los procesos presentes y otra – evidente en el enunciado “los hombres hacen su propia historia”– que señala su susceptibilidad de representar una fuente de *recursos* para los mismos.

La crítica que hace Karl Marx al materialismo de Feuerbach parte justo de asumir esta forma doble de las *condiciones*: “la teoría materialista de que los hombres son producto de las circunstancias [...] olvida que son los hombres [...] los que hacen que cambien las circunstancias” (Marx,

¹⁶ Las cursivas son mías.

1985B: 6)¹⁷. Lo mismo ocurre con la categoría fenomenológica de la *realización*, que se refiere justo a este doble sentido de las *condiciones* pues se presenta “como aprehensión de la realidad social objetiva y como producción continua de esta realidad” (Berger y Luckmann, 1968: 90).

Es justo en este orden de ideas en el que la teoría de la estructuración realizó uno de sus principales aportes al debate sociológico al señalar la capacidad de la acción social de convertir determinaciones estructurales (*condiciones*) en *recursos* para la misma:

En esta perspectiva, la relación acción/estructura puede ser representada como la relación de la araña y su telaraña. La araña teje su telaraña montada sobre la misma telaraña que teje. La telaraña y la acción de tejer son dos momentos de una misma cosa, están hechas de la misma materia, aunque la primera representa el momento objetivo, lo dado, lo determinado, y la segunda, el momento subjetivo, lo que está siendo creado, lo indeterminado (Castañeda, 2002: 26).

Ahora bien, si las *condiciones* pueden ser observadas como *recursos* para la acción, si “las condiciones «objetivas» son también condiciones de posibilidad” (Löwy, 2002:170), es porque los actores sociales saben (*entienden*) algo de ellas (Giddens, 1995: 394-396).

Al respecto, la fenomenología brinda explicaciones interesantes cuando aduce, como ya hemos visto, al gran capital de conocimiento que los actores sociales manejan del mundo en el que viven, de las *condiciones* que les ha legado el pasado.

¹⁷ Desde la disciplina histórica Edward P. Thompson, uno de los principales exponentes – junto con Perry Anderson– de la historia marxista británica, plantea esto mismo cuando se rehúsa a tratar a la clase como una estructura aduciendo que “la clase obrera no surgió como el sol, a una hora determinada. Estuvo presente en su propia formación” (Thompson, 1989: XIII); que “la clase la definen los hombres mientras viven su propia historia y, al fin y al cabo, ésta es su única definición” (*Ibid*: XV).

De lo anterior se puede obtener la idea de que el pasado opera en el presente en dos formas: como las *condiciones* a las que se enfrentan los procesos sociales presentes y como el conocimiento que los actores manejan de las mismas.

En la conjunción de estas dos dimensiones, es decir, cuando el conocimiento opera sobre las *condiciones*, cuando la *historia hecha cosa y la historia hecha cuerpo* se tocan (Bourdieu, 2000: 75), se encuentra al pasado como un *recurso*¹⁸.

Lo que habría que discutir es en virtud de qué este pasado puede representar un *recurso* para los procesos sociales o, dicho de otra forma, por qué los actores sociales *se toman la molestia* de utilizar el conocimiento que tienen del mundo en el que viven sobre las propias condiciones que les impone ese mundo.

Es aquí en donde se vuelve pertinente plantear el problema del futuro. Si los actores sociales no cargan en sus espaldas un pasado inmutable que pesa sobre el presente como una gran loza (Zemelman, 2003:20), si se *hacen cargo* de lo que saben del mundo, de las condiciones históricas que éste les impone, si son capaces de convertir “determinaciones objetivas en iniciativas subjetivas” (Anderson, 1985: 18), es porque buscan incidir de alguna manera en las mismas. Esto equivale a plantear que la utilización del pasado que permite hablar de un *pasado presente* se da sólo en virtud de lo que los seres humanos esperan de su futuro¹⁹.

¹⁸ Aquí vale la pena hacer una aclaración pues existen algunas condiciones de las cuales los actores que intervienen en un proceso social no tienen conocimiento alguno, estas condiciones son planteadas por la teoría de la estructuración como *condiciones inadvertidas*, es decir, como aquello que no forma parte de “lo que unos actores saben (creen) sobre las circunstancias de su acción y la de otros” (Giddens, 1995: 396). Si bien es indudable que participan de manera importante en los procesos sociales presentes, estas condiciones, al no ser susceptibles de constituir un recurso, sí pueden ser trabajadas como *antecedentes*.

¹⁹ Recordemos que, según Schütz, la acción puede ser entendida como la conjunción de los *motivos porque*, constituidos por el conocimiento del mundo que maneja el actor producto de sus experiencias pasadas, y los *motivos para* que estarían constituidos por un proyecto de futuro (Guitián, 2002: 182).

El futuro presente

Considerar el futuro de un proceso social como el momento ocupado por las *consecuencias* del mismo plantea un problema ante el que es necesario tomar postura. Las *consecuencias* de un proceso pueden volverse un observable para la sociología sólo cuando se puede establecer en dónde terminó el proceso en cuestión y empezaron sus consecuencias. Nuevamente, para nosotros esto es insostenible en virtud de la imposibilidad de decretar fronteras temporales entre un proceso y lo que se entiende como sus *consecuencias*.

Siguiendo el itinerario que hemos venido trazando, estamos ante el desafío de construir un referente de futuro que –en consonancia con la idea que señala a la acción como un *continuum*– lo ubique dentro de los márgenes temporales del presente en el que se desenvuelven los procesos sociales. La pregunta que nos proponemos responder entonces sería ¿qué es lo que de futuro tiene el presente? Según la terminología de Rodrigo Jokisch, estaríamos buscando el *futuro presente* (Jokisch, 2002: 123).

En todo proceso social hay actores involucrados que tienen imágenes de futuro comprometidas en el mismo. A diferencia de lo que ocurre con el pasado asumido como *condiciones*, estas imágenes de futuro no tienen una base material –el futuro sólo se materializa cuando deja de serlo, es decir, cuando se vuelve presente– y sin embargo, inciden de una manera determinante en el presente (Wallerstein, 1996: 85) asumiendo dos formas, una que se presenta como *especulación* y otra que se presenta como *voluntad social*, es decir, como *proyecto*.

Por *especulación* entendemos aquellas imágenes que los actores tienen del futuro en virtud de las *condiciones* que reconocen en el presente. A partir de lo que los actores conocen de las *condiciones* que les impone el mundo, pueden distinguir las *tendencias* en las que se inscribe un proceso determinado y, desde ahí, imaginar escenarios posibles para la acción (Morin, 1994: 113) y, con ellos, la suerte que correrá dicho proceso.

El *futuro presente* asumido como *especulación* opera en forma similar al proceso ilustrado por la categoría fenomenológica de la *socialización*. Esta categoría se refiere a los mecanismos mediante los cuales los actores sociales traducen toda experiencia nueva a la “suprema realidad de la vida cotidiana” (Berger y Luckmann, 1968: 44), a las tipificaciones del pasado heredado, es decir, a lo que los actores conocen de las *condiciones* que les impone el mundo. Así como los actores sociales leen al presente desde los conocimientos que les ha legado el pasado, lo que *especulan* respecto a los que les espera en el futuro también es producto de esta lectura que traduce todo lo nuevo al *lenguaje del pasado*. En esta lectura, los sucesos futuros son anticipados por los actores “presuponiendo que, como regla general, lo que ha sido válido seguirá siéndolo en adelante” (Schütz, 1974: 268).

Esta forma de futuro participa en los procesos sociales presentes de la misma manera a la que opera el *pasado presente*. Por una parte, en las *especulaciones* se ponen de relieve las determinaciones a las que se enfrenta un proceso social en virtud de la *tendencia* en la que se inscribe. Por otra parte, el reconocimiento de *tendencias* puede constituir un *recurso* al facilitar el que los actores tomen decisiones sobre el proceso social en cuestión.

Lo que habría que discutir entonces es, nuevamente, en virtud de qué los actores vuelven *recursos* lo que el mundo les impone como *determinaciones*.

Para abordar esta discusión es necesario tomar distancia de la tradición fenomenológica pues el peso puesto por ese enfoque teórico en las operaciones mediante las cuales los actores sociales construyen un mundo aproblemático mediante la *rutinización* –proceso en el que la conducta traduce *todo lo nuevo a los términos de todo lo viejo* (Ibid: 41-42)– oculta un aspecto sustancial de los procesos sociales. Hablamos de la capacidad que tienen los actores sociales de provocar cambios en las *condiciones* que les impone el mundo y en sus propias formas de conducta

(Cohen, 1990: 370) y de hacerlo, además, deliberadamente. Esto equivale a plantear que los actores sociales son capaces de *generar lo nuevo a pesar de lo viejo*.

Es a esto a lo que Hugo Zemelman se refiere en la siguiente formulación:

No podemos restringirnos al sujeto como producto histórico, porque si lo hacemos nos quedamos solamente con el sujeto histórico, prisionero de sus propias lógicas constitutivas internas. Y entonces pierde sentido la idea –y el desafío–, de que dicho individuo o colectivo sea capaz de actuar más allá de los propios parámetros que lo conforman como sujeto histórico (Zemelman, 2003: 61).

Es aquí en donde aparece la segunda forma que asume el *futuro presente*, la que se presenta como *proyecto*, entendido como aquellas imágenes de futuro que los actores están dispuestos a provocar: “el proyectar es fantaseo motivado por la intención de llevar a cabo el proyecto” (Schütz, 1974: 265).

Desde esta perspectiva, la capacidad que tienen los actores sociales de actuar sobre las *condiciones* que les legó el pasado, equivale a la capacidad de *proyectar* en el presente un futuro distinto al que se *espera* según las *tendencias* que se leen desde el pasado:

Es gracias a los proyectos que el sujeto establece una relación con la realidad que se apoya en su capacidad de transformar esa realidad en contenido de una voluntad social, la cual, a su vez, podrá determinar la dirección de los procesos sociales (Zemelman, 1987: 16).

La idea de *proyecto* recupera la connotación ética de la que Marx dotó al concepto de acción al plantearla como *praxis*, esfera privilegiada de

la transformación deliberada de un orden estructural dado²⁰. Lo que esta categoría pone de relieve es la “posibilidad diferente mañana respecto de lo que el mundo es hoy” (Bagú, 1970: 87).

Ahora bien, esta forma de *futuro presente* no es el espacio de una voluntad social completamente desprendida del pasado pues los proyectos que los actores sociales comprometen a los procesos sociales en curso no son proyecciones arbitrarias sino que son imaginados, y en su caso llevados a cabo, desde el conocimiento de lo que, según las tendencias observables, es objetivamente posible (Zemelman, 1987: 16):

Las utopías forman parte del objeto de estudio de las ciencias sociales, lo que no puede decirse de las ciencias naturales; y las utopías desde luego tienen que basarse en tendencias existentes. Si bien ahora tenemos claro que no hay certeza sobre el futuro ni puede haberla [...] las imágenes del futuro influyen en el modo en que los seres humanos actúan en el presente (Wallerstein, 1996: 85).

Llegado este punto, podemos defender un referente de *complejidad* social susceptible de constituir un problema para la disciplina. Este referente estaría dado por la presencia de un *futuro presente*, expresado como *voluntad social* –es decir, como *proyecto*– en virtud del cual la vida social se vive en un *presente* signado por la capacidad que tienen los actores para convertir determinaciones (*pasado presente*) en *recursos*.

Ahora bien, podría decirse que hemos recorrido un camino demasiado largo para llegar a una formulación a la que hubiéramos podido arribar atendiendo a una evidencia empírica obvia que enuncia que la realidad se vive en el presente simple y llanamente porque no puede ser de

²⁰ Desde este rescate de la *praxis* puede recuperarse una categoría marginalmente trabajada en la fenomenología: la *re-socialización*, que “corta el nudo gordiano del problema de la coherencia, renunciando a la búsqueda de esta última y reconstruyendo la realidad *de novo*” (Berger y Luckmann, 202).

otra manera; como señala Jorge Luis Borges, “todas las cosas le suceden a uno precisamente, precisamente ahora. Siglos de siglos y sólo en el presente ocurren los hechos” (Jorge Luis Borges *Cit. Pos.* Escalante, 2000: 91). Es cierto, pero lo que nosotros queremos resaltar es la *forma social* de este presente. No estamos hablando del *presente temporal* sino de un *presente social* signado por las formas que en él adquieren un pasado y un futuro también sociales.

Es menester ahora caracterizar este *presente social* a la luz de los desafíos que impone al quehacer sociológico, es decir, como *complejidad*, para, en los siguientes capítulos, evaluar las herramientas con las que contamos como disciplina para enfrentarlo atendiendo a la invitación que hace Zemelman a:

Recuperar una de las funciones específicas de las ciencias sociales: conocer el presente del devenir social, el cual constituye el plano propio de la praxis, mediante la cual el hombre transforma la realidad (Zemelman, 1987: 15).

Complejidad como presente

¿Por qué definir a *complejidad como presente*? Y hemos dicho que el referente de *complejidad*, para representar un desafío para la sociología, debería constituir un problema clara y específicamente social. Hemos dicho además que el *presente social* es el espacio en el que se da la transformación de determinaciones en recursos en virtud de un proyecto de futuro (o varios, o muchos).

No es difícil imaginarse entonces por qué el presente representa un problema social. Para los actores sociales, el presente es el espacio en el que se ven obligados a *ir haciendo* y, en esa medida, es donde se juegan la vida misma. Desde esta perspectiva, si “ninguna ciencia comporta

apuestas sociales de una manera tan evidente como la sociología” (Bourdieu, 2000: 7-8) es porque el presente es el espacio en el que los actores sociales emprenden cualquier acción y, como lo afirma Edgar Morin, “la acción es una decisión, una elección, pero es también una apuesta [... y] en la noción de apuesta está la conciencia del riesgo y de la incertidumbre” (Morin, 1994: 113).

Al plantear esto, el autor francés piensa en la complejidad como el incierto resultado que se da de la combinación entre lo determinado y el azar. En consonancia con toda su propuesta teórica, Morin habla de una *complejidad transdisciplinaria*, es decir, de una complejidad que se presenta como un desafío que la realidad impone a cualquier empresa científica²¹. El azar no constituye un problema social, su importancia se pone de relieve en todos los dominios de la vida y la no-vida.

Pero aquí estamos intentando defender un referente de *complejidad social*. Por lo tanto, a esta definición de *complejidad* como la conjunción entre la determinación y el azar, nosotros agregamos un referente que nos parece, por lo que toca a la realidad social, mucho más determinante que el azar. Este referente es el de la *voluntad social*.

Para nosotros, como para Morin, la *complejidad* es la expresión de la incertidumbre. Cuando planteamos que el *presente es complejidad* estamos diciendo que el *presente es incertidumbre* pues es el espacio en el que los actores sociales se insertan en una realidad transformando determinaciones en recursos en virtud de un *aún-no*, es decir, de contenidos de una voluntad social que *aún no* constituyen observables para la disciplina pero que inciden en lo que sí es observable, es decir, en el presente:

²¹ De hecho, algunas de las *evidencias* a las que este autor acude para defender la necesidad del *pensamiento complejo* provienen de la física –concretamente de los descubrimientos referentes a la importancia del desequilibrio, de la entropía, del desorden en la organización de la materia (Morin, 1994: 33). Uno de los principales aportes en esta reflexión es el que hace Prigogine, quien “afirma que la dinámica lineal newtoniana y el análisis del equilibrio son casos muy especiales de un proceso más general donde las

Cuando pensamos que la realidad se construye, estamos considerando un espacio social por conquistarse, un indeterminado susceptible de aprehenderse por medio de prácticas sociales que contribuyen a que se materialice ese “aún-no” blochiano, que no es otro que esas “sugerencias de futuro” de las que hablaba Hermann Broch (Zemelman, 1992A: 33).

Entendido así, el *presente social* puede ser ilustrado con la categoría de *crisis* asumida como “el momento de la transformación, donde el «antes» y el «después» se sobreponen –lo viejo que no acaba de morir y lo nuevo que no termina de nacer, parafraseando [...] a Gramsci” (Modonesi, 2003: 20). Si bien la categoría de *crisis* ha sido utilizado para definir situaciones *extraordinarias* de la vida social, a nosotros nos parece más bien la forma que adquiere todo proceso *social presente*, es decir, la forma de la tensión existente entre el *pasado presente* y el *futuro presente* tal y como los hemos definido.

Ahora bien, puestos ante el desafío de caracterizar al *presente social* como el espacio en el que es posible ubicar a la *complejidad* de lo real, lo primero que habría que hacer es defenderlo como un observable y como una categoría relevante para el quehacer sociológico.

En defensa del presente

El primer problema al que nos enfrentamos en la tarea de *defender al presente* es el de su prácticamente nula duración. ¿Cómo defender un observable que dura apenas un instante?²² Desde esta perspectiva, el

dinámicas no lineales y los análisis lejos del equilibrio desempeñan un papel principal” (Wallerstein, 1998: 110).

²² Es interesante la respuesta que la fenomenología da a esta cuestión cuando, definiendo al *ahora* como un referente crucial de la situación biográfica de los actores sociales,

presente no sería susceptible de constituir un observable para la sociología pues en el momento en el que puede asumirse como objeto de una actitud reflexiva, ya dejó de ser presente; como lo plantea Maurice Natanson, “el mismo acto de reflexionar es posible únicamente si el objeto sobre el cual se reflexiona forma parte del pasado, aunque éste sea el pasado inmediato” (Natanson, 1995: 20-21).

Seguramente la teoría de la acción social se enfrentó a dilemas similares pues una acción es un evento que no permanece fijo a la observación. De hecho, como ya lo hemos mencionado, este argumento ha sido utilizado para plantear que lo que debe constituir el objeto de interés para la disciplina no es la acción sino lo que media entre una acción y otra (Castañeda, 2002: 24).

Si la teoría de la acción ha podido superar este problema es gracias a que desprendió a la acción de sus casos particulares prescindiendo así de la contingencia que *una* acción encarna. Para ser más claros, podríamos decir que lo contingente son *las acciones*, no *la categoría de la acción social*.

Este itinerario, que no es otro que el del *paso del observable al concepto*, es el mismo que aquí seguimos para defender la importancia del *presente social* para la disciplina. Emile Durkheim plantea que los hechos sociales “son como moldes en los cuales nos vemos obligados a verter nuestros actos” (Durkheim, 1997: 70). Pues bien, el presente es exactamente eso, un espacio temporal en el que nos vemos obligados a actuar independientemente de nuestra intención de *acabar* lo que estamos haciendo. El *presente social* es para nosotros el espacio temporal en el que se vierte todo proceso social inacabado. Por lo tanto, el presente es *el* espacio de la construcción social pues “corresponde al momento en que los

plantea lo siguiente: “Pero en verdad, este Ahora no es un instante. Es lo que William James y George H. Mead denominaron un presente espacioso, que contiene elementos del pasado y del futuro” (Schütz, 1974: 266-267).

sujetos sociales se insertan en una realidad objetiva para influir en su direccionalidad” (Zemelman, 1992A: 35).

Con esta concepción nos desprendemos de la contingencia de los *eventos presentes*, de su *duración cero* (Baraldi, *et. al.*, 1996: 74-75), para arribar a una categoría desde la cual, ahora sí, es posible intentar determinar observables. Proponemos, por lo tanto, que un *proceso social presente* es uno al que es *virtualmente* posible adjudicar un *inicio*, no así un final pues está atravesado por proyectos de futuro no consumados que, además, no sabemos cómo se habrán de consumir²³.

Decimos *virtualmente* porque lo que hemos venido sosteniendo a lo largo del capítulo referente al *continuum* de los procesos sociales ya nos había llamado a considerar la inconveniencia de *decretar* límites temporales que son extraños a los procesos a los que se los adjudicamos. Sin embargo, proponer un momento del que se pueda presumir que se desprenden elementos fundamentales del proceso observado, nos permite trabajar con unidades más o menos delimitables. Lo que hay que vigilar entonces es que el momento que ubiquemos como *inicio* respete la forma del *pasado presente* a la que hemos aludido antes.

Para avanzar en esta dirección, la de delimitar cuando menos aproximativamente lo que aquí llamamos *presente social*, nos parece sumamente útil acudir a las herramientas de conjugación verbal que nos ofrece la gramática española.

El presente social como gerundio

Siendo evidente que “el lenguaje es un ordenamiento eficaz de esa enigmática abundancia del mundo” (Jorge Luis Borges *Cit. Pos.* Escalante,

²³ Teniendo presente, claro está, que lo contenidos de un proyecto nunca serán idénticos a los resultados del proceso al que se adscribe el mismo.

2000: 125), es curioso que la sociología no acuda con más frecuencia, de manera explícita, a los enormes recursos que nos brinda la gramática.

En la lengua española todos los verbos (que son la expresión que el lenguaje destina a todas las acciones y a todas las operaciones) pueden ser conjugados en un tiempo que es exactamente igual al *presente social* tal y como lo hemos definido. Esta conjugación es el *gerundio*, mismo que comunica a la acción verbal un carácter durativo (Real Academia de la Lengua Española, 1992: 1037).

Muchos teóricos han señalado la necesidad de considerar al tiempo como una dimensión constitutiva de los procesos sociales y no como una línea en la que se desarrollan los mismos (Zemelman, 1983: 57). Pues bien, la ventaja analítica que encontramos en el gerundio como conjugación verbal es que no señala en qué punto de la línea del tiempo (pasado, presente, futuro) se presenta el proceso en cuestión sino cómo el tiempo actúa en el mismo.

Cuando conjugamos un verbo en gerundio (*haciendo, siendo, transformando*) estamos adjudicándole a la acción que señalamos exactamente la forma de *presente social* que hemos construido, es decir, la de un proceso que ha iniciado pero no ha terminado: el gerundio señala “una acción cuando está [...] en proceso” (Escalante, 2000: 17). Así es que, si se quisieran delimitar observables del *presente social* lo que habría que hacer es preguntarse si el proceso observado constituye una acción u operación susceptible de ser expresada por un verbo conjugado en gerundio, es decir, si es un proceso social inacabado.

Ahora bien, el gerundio puede ser aplicado a cualquier tiempo (*Ibid*: 1037) (*estaba haciendo, estoy haciendo, estaré haciendo*). A diferencia de lo que en gramática se conoce como *presente actual*, aquél que “refiere la acción que está realizándose mientras se habla, es decir, [que] alude a la simultaneidad de la acción y el decir” (Escalante, 2000: 92), el gerundio

puede ser aplicado a cualquier proceso social aun cuando éste no se verifique en el presente temporal²⁴.

De lo anterior se deduce que, en la medida en que todo proceso social puede ser un observable del *presente social*, no funciona como un *delimitador* de observables²⁵ (no hay proceso social que no pueda ser conjugado en gerundio).

La pregunta obligada sería entonces, si el *presente social* no permite delimitar observables, ¿qué utilidad tiene defenderlo como una categoría relevante para la sociología? Pues bien, el *presente social* funciona aquí como un *llamado de atención* hacia un carácter inmanente, y específico, de *todos* los procesos sociales, es decir, de la realidad social en su conjunto.

Este carácter está dado por la presencia en los fenómenos sociales de sectores de la realidad que *aún no* son observables pero que influyen en la forma que adquieren los mismos. Así, el *presente social* es un llamado a asumir las consecuencias de sostener que la realidad social es una construcción humana. Y quizá la principal consecuencia de esto es la que señala a la realidad social como el espacio de lo que *aún no* se construye, es decir, como el espacio de lo *construible* (Zemelman, 1992B: 24).

²⁴ Por lo demás, si observamos el “terreno de los aspectos figurados de este tiempo verbal [...podemos percatarnos de que] **no siempre es presente lo enunciado en presente**” (Escalante, 2000: 93). Existen conjugaciones en presente que, al no implicar la simultaneidad del habla con la acción que en ella se señala, escapan a este carácter instantáneo. Tales son los casos del *presente habitual*, mismo con el que se mienta “una acción que se verifica regularmente sin importar que cuando la enunciemos estemos haciendo otra actividad” (*Ibid*: 91) y del *presente gnómico*, que “expresa hechos de validez permanente [...] y que] suele usarse para manifestar las ideas que la humanidad tiene del mundo” (*Ibid*: 92). El primer caso puede ser ilustrado con la frase: “**Hago** ejercicio todas las mañanas” y el segundo con formulaciones como la de “La Tierra **gira** alrededor del Sol”. Otras formas de conjugación figurada en presente son las representadas por el *presente histórico* (“México **obtiene** su independencia política en 1821”) y el *presente futuro* (“El próximo año **termino** mi tesis”) (*Ibid* 93,97).

²⁵ Si funcionara como un delimitador de observables, el *presente social* podría ser utilizado como una herramienta para enfrentar a la *complejidad* asumida como multiplicidad, connotación de la que nos hemos deslindado.

La relevancia del *presente social* no depende de la forma que adquirirá en el futuro ese *aún-no* del que hemos venido hablando²⁶, sino de la forma que éste adquiere en el presente de un proceso social cualquiera, es decir, “no depende de la existencia futura del todavía-no [...] sino de su existencia presente como posibilidad” (Holloway, 2002: 22). Es esto a lo que se refiere Zemelman cuando señala la necesidad de “*descubrir el futuro en lo real de hoy*” (Zemelman, 1996: 30).

Lo *posible* constituye aquello que le falta a un verbo conjugado en gerundio para representar un proceso acabado, es decir, una realidad susceptible de ser expresada por un verbo conjugado en alguna forma de pasado. Lo que a la expresión *haciendo* le falta para convertirse en la expresión *hecho*, es *lo posible*.

Lo posible y los límites de la realidad observable

La categoría de *lo posible* pone de relieve que la realidad social no está hecha sólo de observables (de condiciones históricas, tendencias y proyectos que se pueden rastrear si los actores sociales los explicitan). Es a esto a lo que Zemelman se refiere cuando señala la “necesidad de conjugar la realidad como producto-dado con su dimensión de producente-dándose” (Zemelman, 1992B: 83).

Lo que será producido en esta dimensión de lo real no es un observable aunque se asume que eventualmente lo sea. El *presente social*, categoría mediante la cual defendemos que la realidad es más un *campo de posibilidades* (Zemelman, 1992A: 33) que un conjunto de determinaciones, nos obliga a trabajar desde la disciplina con observables siempre abiertos a asumir formas *inesperadas* en virtud de la intervención

²⁶ Paralelamente, lo *construible*, al no tener (aún) una forma, puede adquirir *todas* las formas. Tal vez por esto el presente es considerado por algunos como “una vuelta a lo múltiple, a lo complicado, a lo «pluridimensional»” (Braudel, 1968: 120).

deliberada de actores sociales que transforman determinaciones en recursos (o cuando menos pueden hacerlo): “si la historia está abierta, si lo «nuevo» es posible, es porque el futuro no se conoce de antemano” (Löwy, 2002: 173).

Esta última idea, adscrita al *marxismo de la imprevisibilidad* de Walter Benjamin (*Ibid*: 172), apunta a lo que aquí consideramos lo *complejo* y que se expresa en el hecho de que mientras podemos observar lo que los actores proyectan con un grado de exactitud relativamente alto de la misma manera en que podemos observar las condiciones (determinaciones) susceptibles de ser utilizadas como recursos, no hay manera de observar lo que *aún no* tiene forma, lo que no es un observable, no hay manera *observar* lo que está *por-venir* (Zemelman, 2003: 20).

Ante esta situación, la disciplina tiene, al menos, dos opciones: o trabajamos en busca de estructuras de *observables* que contengan en sí al cambio, a todo movimiento posible, una especie de banco de datos cuyas infinitas combinatorias darían como resultado todo lo que lo real es, ha sido y será, o bien indagamos si se puede sostener una actitud reflexiva sobre aquello que no es observable, que sólo es *posible*.

Asumir la primera opción equivaldría a asumir que el conocimiento es imposible, quedaríamos una vez más atónitos frente a la certeza de la inagotabilidad de lo real, de la *complejidad* asumida como multiplicidad. Ésta sería tal vez la opción a la que nos invitaría Augusto Comte, quien, en su llamado a hacer de las ciencias sociales *ciencias positivas*, propone emprender sin vacilaciones el camino que va de la imaginación a la observación (Comte, 1942: 114), es decir, de lo imaginable a lo observable:

Para ser una ciencia positiva, hace falta que en la política, al ejemplo de las otras ciencias, el papel de la observación y el de la imaginación estén perfectamente distinguidos y que el segundo esté subordinado al primero (*Ibid*: 114).

Plantear que la *complejidad* de lo social apunta a la tensión existente entre lo que está dado y lo que está por darse –es decir, a la conjunción entre los *observables* y los *no observables* de los que está constituida la realidad social– mucho más que a la multiplicidad de observables, podría ser considerado una empresa ociosa en la medida en que asume un referente, lo *no-observable*, que ni siquiera puede ser considerado bajo la categoría de *objeto*. Sin embargo, en el seno de las ciencias sociales se pueden encontrar intuiciones que defienden el espacio de los *no-observables* como un espacio relevante para el quehacer científico²⁷.

Adicionalmente, el hecho de que el lenguaje nos brinde una herramienta, el gerundio, para nombrar esta tensión, da esperanzas de poder tratarla desde la disciplina.

Para evaluar las posibilidades de lo que podríamos llamar *sociología en gerundio*²⁸ es menester revisar las herramientas con las que contamos como disciplina a la luz del desafío –recordemos que aquí la *complejidad* es más un desafío que un diagnóstico–que hemos planteado bajo el apelativo del *presente social*. Es a esto a lo que dedicamos el siguiente capítulo.

²⁷ Un ejemplo brillante de esto es la *historia contrafactual* a la que hace referencia Eric J. Hobsbawm. Esta propuesta constituye un intento por incorporar –a partir de la recuperación de las especulaciones de Pascal acerca de la nariz de Cleopatra– a la reflexión histórica el espacio de lo que *hubiera* podido ocurrir para enriquecer el estudio de lo que de hecho ocurrió (Hobsbawm, 1997: 137). Este tipo de intuiciones son resultado de reconocer que cualquier fenómeno que miramos retrospectivamente pudo haberse dado de manera distinta (Vid Wolf, 1987: 18 y Giddens, 1997: 97).

²⁸ Aunque sintácticamente puede resultar una formulación confusa, decimos *sociología en gerundio* en vez de *sociología del gerundio* pues no estamos proponiendo al gerundio como un recorte temático sino como un lugar desde el cual puede resultar fructífero pensar a la sociedad.

Capítulo II

Teoría y complejidad

La teoría y la sociología espontánea

La consolidación de la sociología como disciplina científica ha sido un proceso lleno de desafíos. De ellos, quizá el más originario es el que alude a la cuestión de cómo liberar a la sociología de los compromisos valorativos de los sujetos que la ejercen.

Sin embargo, desde la aparición del planteamiento que señala a la *neutralidad valorativa* como un valor en sí (Popper, 1978: 20), los valores son una condición con la que se trabaja relativamente sin inhibiciones.¹

Neutralizada la amenaza que representan los compromisos valorativos, la disciplina ha encontrado uno de sus principales objetos de deslinde en el conocimiento que los actores tienen de su mundo:

¹ Michael Löwy presenta una metáfora interesante cuando nos dice que el planteamiento weberiano del control de los propios valores “nos recuerda [...] las aventuras del Barón de

Durkheim, que exige del sociólogo que penetre en el mundo social como en un mundo desconocido, reconocía a Marx el mérito de haber roto con la ilusión de la transparencia: “Creemos fecunda la idea de que la vida social debe explicarse, no por la concepción que se hacen los que en ella participan, sino por las causas profundas que escapan a la conciencia” (Bourdieu, *et. al.*, 1998: 30).

Desde muy temprano, la sociología intentó resolver “¿qué relación hay entre las categorías que construye la ciencia y las categorías que pone en funcionamiento en su práctica el agente ordinario?” (Bourdieu, 2000: 87).

Si esta cuestión ha sido tan crucial, es porque la disciplina nació atendiendo a una evidencia obvia que señala que la especificidad del sector de lo real que le interesa (la sociedad) está dada, en parte, por la presencia de las nociones que los actores tienen acerca de los mismos asuntos que interesan a la sociología². Según Durkheim, esta situación constituye un riesgo dada la facilidad con la que las *prenociones* que los actores tienen acerca de las *cosas sociales* llegan a sustituir a las cosas mismas (Durkheim, 1997: 56-57).

Aun cuando el primer positivismo sociológico planteaba que este riesgo sería superado con el arribo de las ciencias sociales al *estado positivo* (Comte, 1942: 9-10), la intensidad con la que actualmente se sigue planteando la necesidad de deslindar los enunciados sociológicos de los de la llamada *sociología espontánea* (Bourdieu, *et. al.*, 1998: 27), señala la vigencia de este problema.

Münchhausen, capaz de salirse por sí mismo del pantano jalándose por sus propios cabellos” (Löwy, 2000: 37).

² “Los hombres no han esperado el advenimiento de la ciencia social para hacerse ideas sobre el derecho, la moral, la familia, el Estado, la sociedad misma, porque no podían vivir sin ellas” (Durkheim, 1997: 56-57).

Ante este escenario, habría que preguntarse con qué herramientas cuenta la disciplina para tomar distancia de los enunciados del *sentido común*. Al respecto, los autores de *El oficio del sociólogo* plantean que:

Sólo una teoría científica puede oponer a las exigencias de la sociología espontánea [...], la resistencia organizada de un cuerpo sistemático de conceptos o relaciones determinada tanto por la coherencia de lo que excluye como por la coherencia de lo que establece; sólo ella puede construir el sistema de hechos entre los cuales establece una relación sistemática (*Ibid.*: 91).

Desde esta perspectiva, la herramienta llamada a garantizar la distancia entre los postulados de la disciplina y los enunciados de la *sociología espontánea* es la teoría.

En realidad, la confianza que se brinda a la teoría en el proceso de validación de los enunciados sociológicos frente a aquellos que, sobre los mismos asuntos, manejan los actores legos, hace parte de un escenario más amplio en el que la sociología ha ido, poco a poco, asignándole a la teoría un papel cada vez más determinante en el conjunto de sus operaciones.

El papel de la teoría

En la sociología, detrás de las grandes distancias que guardan entre sí los distintos enfoques teóricos en los terrenos *explicativo* (que alude al cómo son las cosas) y *metodológico* (que alude al cómo deben ser estudiadas), el “descubrir desde una actitud teórica una realidad estructurada” (Habermas, 1993: 162) es un imperativo *epistemológico* (que alude a las condiciones del conocer) aceptado de manera generalizada.

Este acuerdo básico es resultado de la distancia que nuestra disciplina ha ido tomando de la tradición que se lee en algunos postulados de primera sociología (el empirismo) y que la llamaba a “tomar directamente de los datos sensibles los elementos de sus definiciones iniciales” (Durkheim, 1997: 86).³ Actualmente, la postura que muchos autores han sostenido contra el empirismo –“que sostiene que la percepción toma sus estructuras de la realidad” (Bourdieu, 2000: 86)– parece haber consolidado su hegemonía (Habermas, 2001A: 155-156).⁴

Durkheim planteaba que “la teoría no puede [...] aparecer más que cuando la ciencia ha sido llevada demasiado lejos” (Durkheim, 1997: 65). Al parecer la sociología “ha sido llevada demasiado lejos” pues aquella tradición que planteaba la imposibilidad de formarse una “idea abstracta del movimiento como algo distinto del cuerpo que se mueve” (George Berkeley, *Cit. pos.* Bagú, 1999: 152) ha perdido eco ante formulaciones que, desde las más diversas filiaciones explicativas, se adscriben al principio que queda plasmado en el siguiente planteamiento:

Toda observación, y en general toda experiencia, está “cargada de teoría”. No hay observaciones puras, neutras, independientes de toda perspectiva teórica. En lugar de suponer que las observaciones proporcionan la base firme, los datos absolutamente estables contra los cuales se ponen a prueba las teorías, se intenta mostrar que los marcos teóricos contribuyen en buena medida a determinar qué es lo que se observa. Aunque desde luego se reconoce el papel central que tiene la experiencia en la adquisición de conocimiento, se enfatiza que la mayor parte de la investigación científica consiste en un

³ Aunque es común encontrar formulaciones que ubican en la obra de Augusto Comte al primer empirismo sociológico, hay que reconocer que este autor ya planteaba el papel central de la teoría para la observación (Elias, 1999: 39).

⁴ En sentido opuesto a lo que estamos planteado, Robert Merton asegura que el hecho de que la ciencia social se organice por especialidades empíricas más que por escuelas o tradiciones demuestra que se “orienta en función de problemas y no de paradigmas” (Alexander, 1990: 27).

intento por comprender la naturaleza en términos de algún marco teórico (Pérez Ransanz, 1999: 16-17).

Anclada en la certeza de que “no existe la immaculada concepción” (Bourdieu, 2000: 24), la sociología ha ido desvistiendo a la teoría de la acepción que le otorga el empirismo –que la entiende como el resultado de observaciones preteóricas organizadas– asumiéndola como un vehículo privilegiado de acceso a lo real.

En este proceso –mediante el cual pasó de ser el *resultado* a ser la *condición* del quehacer sociológico– la teoría ha ido adquiriendo una independencia cada vez mayor respecto al mundo de los fenómenos que le interesan que la ha llevado a convertirse en un sistema *autorreferente*. En las siguientes líneas intentamos plantear los distintos niveles en los que este fenómeno puede ser observado.

Primer nivel de autorreferencia:

El paso de la representación a la subsunción

Desde muy temprano, para la sociología ha sido claro que el debate teórico goza de una gran independencia respecto al sector de lo real al que se refiere. Ya Max Weber reconocía que “no son [...] las relaciones reales entre «cosas» lo que constituye el principio de delimitación de los diferentes campos científicos sino las relaciones conceptuales entre problemas” (Bourdieu, *et. al.*, 1998: 51).

En su acepción más básica, la teoría es definida como “una generalización separada de los particulares, una abstracción separada de un caso concreto” (Alexander, 2000A: 12).⁵ Desde esta definición, aun en

⁵ Es curioso que la expresión más *típica* de esta definición de teoría pueda ser encontrada en la formulación de los *tipos ideales* de Max Weber (Weber, 1964: 7): “Un tipo ideal se construye mediante la abstracción y la combinación de un número indefinido de elementos que, aunque se encuentran en la realidad, rara vez o nunca se descubren de esta forma específica [...] Un tipo ideal es un tipo puro en sentido lógico y no en sentido

empirismo la teoría guarda una distancia considerable respecto al *mundo real* pues el resultado de la organización de los datos de la percepción nunca será idéntico a éstos antes de haber sido organizados.

No es difícil imaginarse entonces la magnitud que asume la independencia de la teoría toda vez que, para gran parte del quehacer sociológico,⁶ el abandono del empirismo implicó el entierro de su principio fundamental: aquél que ambicionaba una “representación exacta” (Bagú, 1970: 156) del estado de la realidad en la teoría⁷. Actualmente, son muchos los autores que coincidirían con Habermas en lo siguiente:

A decir verdad, no tenemos el menor conocimiento acerca de una supuesta correspondencia ontológica entre categorías científicas y estructuras de la realidad. Las teorías son esquemas de órdenes que construimos dentro de un marco sintáctico determinado, es decir, de acuerdo con sus estipulaciones. Y se revelan como aplicables a un dominio especial de objetos siempre que la multiplicidad y diversidad reales se sometan a ellas (Habermas, 1978: 57).

Si observamos panorámicamente el conjunto de operaciones que se ponen en marcha en el marco de una investigación concreta⁸ podemos ubicar al menos tres en las que la adscripción –explícita o no, consciente o

ejemplar. «Resulta imposible encontrar empíricamente en la realidad este cuadro de ideas en su pureza conceptual» (Giddens, 1998: 238).

⁶ Decimos “gran parte” porque en el marco de la investigación empírica se podrían encontrar, aunque no necesariamente de manera explícita, adscripciones al principio empirista que llama al investigador a buscar en los datos de la percepción sus definiciones iniciales. Lo que habría que preguntarse es si el trabajo empírico –aun cuando a su interior suele existir cierto desdén por la discusión teórica (Vid Giddens y Turner, 1990: 12)– está verdaderamente exento del debate teórico o si más bien a su interior se asumen posturas teóricas sin explicitarlas y sin asumir las consecuencias que tiene el defender una definición de sociedad entre y ante otras.

⁷ Esto fue, en parte, resultado de la imposibilidad –ante la diversidad de enfoques teóricos– de determinar criterios que pudieran estimar una *representación* por encima de otras consideradas como rivales (Pérez Ransanz, 1999: 33).

⁸ Proponemos hacer esta observación porque es en el marco de una investigación (mucho más que en el de el debate entre enfoques teóricos) en el que podría esperarse una estrecha co-dependencia entre teoría y realidad.

no- a un *enfoque teórico*⁹ tiene un papel determinante: a) la delimitación de observables, b) la definición de enunciados hipotéticos y, c) la presentación de las conclusiones. Es fácil percibir que las categorías teóricas utilizadas desde a hasta c señalan fenómenos prácticamente idénticos aun en el caso de que la hipótesis inicial resulte “refutada”. Esto, que profundizaremos en apartados posteriores, sucede porque la relación que la disciplina, a través de la teoría, establece con los *objetos reales* es eminentemente *explicativa*. Revisemos qué queremos decir con esto.

El empirismo considera un fenómeno *explicado* cuando una formulación conceptual legaliforme (una teoría) *representa* el estado de las cosas observado. Esto quiere decir que la explicación constituye el último momento de una investigación.

Si el abandono del empirismo implicó reconocer que las formulaciones conceptuales juegan un papel determinante desde el momento en que se delimitan observables (Pérez Ransanz, 1999: 16), tenemos que la teoría comienza a *explicar* un fenómeno incluso antes de que sea observado.

Es por lo anterior que gran parte de los autores que puede presumirse que han recibido con beneplácito el abandono de la ambición de la “representación exacta” reconocen que la *explicación teórica* puede ser definida como la relación mediante la cual una teoría *subsume* al estado de cosas que observa en su esquema conceptual (Muñoz, 2000: 16-17):¹⁰

⁹ Conviene aquí aclarar que hemos venido hablando de *enfoques teóricos* para resaltar a la teoría como ese sitio privilegiado *desde* el que se interroga a la realidad. Así mismo, hablar de *enfoques* teóricos representa un deslinde ante las ambigüedades presentes en categorías como la de *escuelas teóricas*. Estas ambigüedades se presentan en la poca claridad con la que se puede discernir “¿hasta qué punto [... las escuelas teóricas] se identifican por una orientación teórica común –independientemente del lugar geográfico– y hasta dónde deben involucrar a un grupo de académicos que trabajan comunitariamente” (Zabludovsky, 1995: 159-160).

¹⁰ La intensidad con la que se vive una de las principales disputas teórico-metodológicas al interior de la sociología provoca que cuando se habla de *explicación* se piense casi automáticamente en la actitud cognoscitiva opuesta a la de la *comprensión*. Es por esto que conviene aclarar que, desde el sentido que estamos dando a la categoría de

Siempre queda en un lado el saber, y en el otro lado un estado de cosas que debe ser aprehendido por aquél, y esta subsunción, este establecer la mera percepción o constatación del estado de las cosas y la estructura conceptual de nuestro saber, se denomina *explicación teórica* (Horkheimer, 2000: 28).

Ahora bien, el paso que la *explicación teórica* ha dado de la *representación* a la *subsunción* puede considerarse un resultado del reconocimiento de los límites de una disciplina cuyo único problema no es, como lo vimos el capítulo pasado, la gran cantidad de asuntos que le interesan, sino, sobre todo, su carácter cambiante. Visto desde esta perspectiva, *intervenir explicativamente* en el asunto que se desea conocer desde que se le define como un observable, puede ser interpretado como un acto de *humildad intelectual*. Esto porque en vez de pretender que la teoría constituya una representación exacta del *ser* del asunto en cuestión, se intenta mostrar sólo cómo ese asunto puede ser leído desde determinado enfoque teórico.

El problema entonces no es el hecho de que la disciplina haya reconocido la imposibilidad de la “representación exacta”. Lo que habría que preguntarse es qué precio pagó la sociología por asumir a la *subsunción teórica* como forma de relacionarse con el sector de la realidad que le interesa¹¹ y, en consecuencia, por afirmar a la teoría como el “corazón de la disciplina”:

La teoría es el corazón de la ciencia. Aunque las teorías siempre se relacionan estrechamente con la “realidad” fáctica, en la práctica de las ciencias sociales son las teorías mismas las que generan los

explicación, aun *la sociología comprensiva es explicativa* en la medida en que constituye un enfoque teórico desde el cual se delimitan y ordenan observables.

¹¹ Recordemos que las formulaciones teóricas “se revelan como aplicables a un dominio especial de objetos siempre que la multiplicidad y diversidad reales se sometan a ellas (Habermas, 1978: 57).

experimentos que verifican los datos; las teorías son las que estructuran la realidad –los datos o “hechos”– que estudian los científicos (Alexander, 2000A: 13).

Es este escenario el que nos lleva a hablar de *autorreferencia* coincidiendo con la teoría de sistemas en que esta categoría “indica el hecho de que existen sistemas que se refieren a sí mismos mediante cada una de sus operaciones. Se trata de sistemas [...] que pueden observar la realidad sólo mediante el *autocontacto*” (Baraldi, *et. al.*, 1996: 35).

Desde esta perspectiva, aceptar a la *subsunción* como la forma que asume la relación que la teoría establece con los asuntos que le interesan, equivale a aceptar que en la relación teoría-realidad la disciplina opera en forma *autorreferente* ya que desde que en una investigación se delimitan observables, se hace a partir del *autocontacto* con las estructuras conceptuales del enfoque que se ha asumido. Esto quiere decir que el pensamiento teórico no establece relaciones directamente con objetos sino con la idea que de esos objetos tiene un enfoque teórico cuando los delimita como observables pertinentes.¹²

Es por lo anterior que, en sociología, se puede decir que la teoría opera como un *sistema* pues “nunca entra directamente en contacto con el entorno, sino que sólo conoce sus propios estados internos” (*Ibid*: 51).

¹² Desde la convicción de que “si una teoría no es útil para el análisis empírico concreto, fracasa” (Alexander, 2000A: 23), este escenario podría atenuarse planteando que aun cuando la teoría actúa de manera autorreferente en el momento de la delimitación de observables, está obligada a restablecer el contacto con el plano de lo real pues es en él donde se *verifica* la validez de sus enunciados. Vale la pena reproducir algunas líneas del texto de Jeffrey Alexander titulado *¿Qué es la teoría?* que arrojan luz sobre los límites de este argumento: “Algunos filósofos de la ciencia reconocen que la teoría precede a cualquier intento de generalización –que salimos al mundo de los hechos munidos con teorías– pero sostienen que usamos datos ateóricos para verificar la verdad o falsedad de nuestros conceptos teóricos generales. Pero esta posición es [...] poco atinada [...]. Los datos pueden poner en jaque algunas proposiciones específicas de una teoría, pero un cuestionamiento puramente fáctico tiene dos limitaciones. Primero, los datos que usamos para cuestionar una teoría están informados a la vez por teorías que no estamos verificando en esta oportunidad. Segundo, aunque admitamos la falsedad de una proposición específica, rara vez abandonamos la teoría general de la cual forma parte” (Alexander, 2000A: 13).

Regresando al cuerpo de preocupaciones que abrieron la exposición de las reflexiones hasta aquí presentadas, recordemos que es justo en la naturaleza *sistémica* de la teoría en donde se finca la confianza que la disciplina le brinda en la oposición de sus enunciados a los de la *sociología espontánea*: “sólo una teoría científica puede oponer a las exigencias de la sociología espontánea [...], la resistencia organizada de un cuerpo sistemático de conceptos o relaciones” (Bourdieu, *et. al.*, 1998: 91).

Asumir una *actitud teórica* equivale entonces a asumir el imperativo de “interrogar a los hechos respecto de las relaciones que los constituyen en sistema” (*Ibid*: 93) partiendo del supuesto de que la teoría posee una *visión de conjunto* de la que los fenómenos sociales, por conducto de sus actores, carecen respecto a su ubicación en un *sistema de relaciones*.

Así, independientemente de la filiación teórica que se asuma, existe un acuerdo básico que establece el carácter *estructurado* de lo social¹³ y confía en la capacidad de la teoría para expresarlo de mejor forma que como sus actores lo harían y de hecho lo hacen.

Hasta aquí hemos hablado de la teoría de forma genérica. Se vuelve necesario ahora extender nuestras reflexiones acerca de la expresión concreta que asume la autorreferencia en la producción de enfoques teóricos.

¹³ Esto es lo que Habermas plantea como la “suposición ontológica fundamental de una estructura del mundo independiente del cognoscente” (Habermas, 1993: 163). Aquí hay que aclarar que esta afirmación apela a un concepto de *estructura* que poco tiene que ver con el que participa de la disputa entre *estructura* y *agencia*. La *estructura* de la que estamos hablando apunta más bien a una idea de *totalidad relacional*: “La estructura es una matriz que orienta las operaciones de los conjuntos. [...] El vocablo indica la presencia de una condición especial: un todo cuyas partes se encuentran interrelacionadas y cumplen funciones que sólo podrían cumplir dentro de ese todo. El todo no es igual a la suma de las partes, pero el todo no existe sin las partes. La estructura es una totalidad relacional” (Bagú, 1970: 118).

Segundo nivel de autorreferencia:

La ciencia normal como horizonte deseable

En el capítulo anterior decíamos que una de las características esenciales de todo enfoque teórico consiste en el establecimiento de un elemento (objeto, proceso o relación) que se ubica como *fundamental* en el sistema de relaciones que es la sociedad. Resulta obvio que siempre que se rastrea *lo fundamental*, las propiedades y dinámicas básicas de algo, se asume a la *sistematicidad* como un imperativo. Algo puede ser señalado como *fundamental* sólo en relación con otros elementos que se consideran *sistémicamente* determinados por éste.

En este sentido, la *sistematicidad* no sólo implica cierto orden sino también cierta jerarquía pues parte del supuesto de que se pueden asignar cualitativamente pesos distintos a los distintos elementos que componen la *totalidad relacional*. Los elementos devienen entonces en *niveles* de realidad:

Los principios supremos de la teoría tradicional definen conceptos universales bajo los cuales se debe subsumir todos los hechos del ámbito de objetos de la teoría [...] En medio hay una jerarquía de géneros y especies entre las que existen por todas partes relaciones correspondientes de subordinación (Horkheimer, 2000: 58-59).

Jonathan Turner ofrece una síntesis bastante completa de lo que hemos planteado hasta aquí:

Gran parte de las teorías sociológicas implican la construcción de *sistemas de categorías* que, presumiblemente, denotan propiedades claves del universo y relaciones cruciales entre estas propiedades. En esencia, tales programas son tipologías que estructuran las principales propiedades dinámicas del universo. Los conceptos

abstractos analizan de forma minuciosa las propiedades básicas del universo y ordenan posteriormente estas propiedades de un modo que, según se supone, ofrece una visión de la estructura y dinámica del universo (Turner, 1990: 213).

Entendido como *sistema categorial*, un enfoque teórico opera oponiendo a los observables una una “conexión sistemática de proposiciones” (Edmund Husserl, *Cit. pos.*, Horkheimer, 2000: 25) a partir de la cual se les puede ordenar en torno a los elementos, dinámicas o procesos que se defienden como *fundamentales*.¹⁴

Ahora bien, resulta obvio que ordenar observables en torno *lo fundamental* es una labor permanentemente amenazada por el peligro de la reducción. A este riesgo, los enfoques teóricos oponen un arma que consideran infalible: la solidez de las relaciones conceptuales que establecen entre las proposiciones que los constituyen.

En este sentido, y aunque es atractiva la invitación que hace Giddens a no exagerar la unidad interna de los paradigmas (Giddens, 1997: 172), resulta evidente que, en el enfrentamiento con un enfoque teórico, “la cosa se opone [...] a la brillante unidad sistemática de las proposiciones interrelacionadas” (Adorno, 1978: 30).

Todo enfoque teórico compensa su (al menos posible) parcialidad¹⁵ con el establecimiento de enlaces conceptuales *firmes* desde el punto de vista lógico en los que se finca la validez de las relaciones que cada uno establece entre *lo fundamental* y *lo aledaño*.

¹⁴ Es este estado de las cosas ante el que Hugo Zemelman plantea, con cierto enfado, que “el razonamiento se ha reducido a la función de ser un ordenador, ante la cual la capacidad de asombro y la aventura intelectual han quedado subordinadas” (Zemelman, 1992A: 57).

¹⁵ Para Habermas, esto provoca que en las líneas de investigación que se desprenden de algunos enfoques teóricos, se *sobregeneralice* a las dimensiones de lo social que en ellos aparecen como *fundamentales*: “Las líneas de investigación en la teoría de sistemas y en la teoría de la acción aíslan y sobregeneralizan en cada caso uno de estos dos aspectos” (Habermas, 2001B: 533).

Así, el proceso de diversificación discursiva del cual son producto todos los enfoques teóricos que conocemos, se ha desarrollado con base en el crecimiento de la confianza en la formulación de “contenidos teóricos con un alto grado de cohesión interna” (Zemelman, 1992A: 31).

Lo anterior hace posible plantear que la *ciencia normal* kuhniana – entendida como un estado en el que los paradigmas son altamente inmunes a la refutación– opera, mucho más que como un periodo dentro del proceso secuencial de la ciencia¹⁶, como el *horizonte deseable* de cualquier enfoque teórico en su interminable proceso de consolidación como oferta explicativa:

La ciencia normal consiste, básicamente, en una actividad de “resolución de rompecabezas” [...]. A través de esta actividad el enfoque teórico del paradigma aceptado se va haciendo cada vez más preciso y mejor articulado. La etapa de ciencia normal es conservadora, pues el objetivo no es la búsqueda de novedades [...]. Se trata de desarrollar al máximo tanto el alcance como la precisión, el potencial explicativo y predictivo del enfoque teórico vigente (Pérez Ransanz, 1999: 30).

Esta búsqueda de la *ciencia normal* se materializa en un proceso progresivo de *sofisticación conceptual* (Turner, 1990: 221) que opera bajo la forma que la teoría de sistemas define como *clausura operacional*:

Con este concepto se indica el hecho de que las operaciones que llevan a la producción de elementos nuevos de un sistema dependen de las operaciones anteriores del mismo sistema y constituyen el presupuesto para las operaciones ulteriores (Baraldi, *et. al.*, 1996: 32)

¹⁶ Esta secuencia corre de la siguiente manera: *ciencia normal* → *crisis* → *ciencia extraordinaria* → *revolución* → *nueva ciencia normal* (Pérez Ransanz, 1999: 31-33).

En este proceso de sofisticación conceptual, todo proceso de elaboración de nuevos enunciados depende de los enunciados precedentes y constituye el presupuesto para los enunciados ulteriores.

En el contexto de un intenso debate entre distintos enfoques teóricos, cada uno de ellos se ve obligado a llevar este proceso de sofisticación al punto en que todas sus formulaciones “estén enlazadas entre sí sin discontinuidades ni contradicciones” (Horkheimer, 2000: 25).

Llegado este punto, los enunciados teóricos no pueden ser definidos por “su contenido empírico sino sólo por sus relaciones lógicas con otros postulados” (Giddens, 1997: 161). Es este escenario –que lleva a Giddens a plantear que estamos frente a una “versión debilitada de la teoría” (Giddens, 1995: 20)– en el que Theodor Adorno piensa cuando denuncia la existencia de “principios lógicos cuyas pretensiones de validez se derivan de la purificación de todo contenido material” (Adorno, 1978: 33)¹⁷.

Ante esta situación, cobra sentido pensar en los enfoques teóricos como conjuntos de palabras (conceptos) determinadas por las relaciones que están obligadas a establecer con otras palabras en salvaguarda de la consistencia lógica y la no contradicción:¹⁸

Cuando pensamos en lo que representa una palabra, tratamos de sus aspectos *semánticos*; cuando la consideramos en relación con otras palabras, tratamos de sus características *sintácticas*. Empleo estos términos taquigráficos porque suministran un modelo económico y preciso para decir lo siguiente: la gran teoría está ebria de sintaxis y ciega para la semántica (Mills, 1961: 52).

¹⁷ Según Hugo Zemelman, cuando los conceptos “se limitan a desempeñar una función explicativa proporcionada por la estructura teórica en su conjunto; al desaparecer ésta, el concepto carece de sustentación” (Zemelman, 1987: 40). En este sentido, es válida la expresión que pregunta “qué construcción teórica profundamente equivocada no sería finalmente capaz de cumplir la exigencia de la corrección formal” (Horkheimer, 2000: 58).

¹⁸ Esto nos recuerda a la definición que da Jeffrey Alexander a la categoría *discurso* cuando lo señala como una forma de debate cuya capacidad de persuasión “se basa en cualidades tales como su coherencia lógica, amplitud de visión, perspicacia interpretativa, relevancia valorativa, fuerza retórica, belleza y consistencia argumentativa” (Alexander, 1990: 36).

Esto explica por qué, como habíamos dicho en el apartado anterior, las categorías que se utilizan en una investigación desde la delimitación de observables hasta la presentación de las conclusiones, señalan fenómenos prácticamente idénticos. Las categorías utilizadas contienen una carga teórica (determinada por la consistencia sintáctica) de la que difícilmente pueden prescindir en el desarrollo de la investigación sin poner en cuestión la consistencia lógica del enfoque teórico al que están adscritas:

La obediencia incondicional a un *organon* de reglas lógicas tiende a producir un efecto de “clausura prematura”, al hacer desaparecer, como lo diría Freud, “la elasticidad de las definiciones”, o como lo diría Carl Hempel, “la disponibilidad semántica de los conceptos” que constituye una de las condiciones del descubrimiento, por lo menos en ciertas etapas de la historia de una ciencia o del desarrollo de una investigación (Bourdieu, *et. al.*, 1998: 21).

Adicionalmente, la conquista de la no contradicción constituye un proceso progresivo en el que queda poco espacio para la revisión. Esto se traduce en que, aun cuando es cuestionable que algún enfoque teórico pueda llegar a un estado de coherencia lógica absoluta, los enfoques teóricos caminan hacia su horizonte deseable como si ya hubieran arribado a él. La consistencia lógica absoluta constituye así para los enfoques teóricos no sólo un *horizonte deseable* sino también un *disfraz*.

Profundizaremos en esta actitud en el siguiente apartado planteándola como el tercer y último nivel de *autorreferencia* y ubicando en ella el gran límite de la confianza que la disciplina otorga a la teoría como herramienta para deslindarse de los enunciados de la *sociología espontánea*.

Tercer nivel de autorreferencia:

La naturalización de la actitud teórica

Actualmente es común encontrar en el debate epistemológico advertencias que señalan el riesgo de que el sociólogo se encuentre más cerca del *sentido común* de su propia disciplina que del construido por los legos. Uno de los planteamientos más acabados en este sentido es el que invita a la disciplina a mantener todas sus operaciones bajo una estricta *vigilancia epistemológica*:

Cada sociólogo debe tener en cuenta los supuestos científicos que amenazan con imponerle sus problemáticas, y sus esquemas de pensamiento [... pues] hay problemas que se exigen plantear [sólo] porque ocupan un lugar destacado en la jerarquía consagrada de los temas de investigación (Bourdieu, *et. al.*, 1998: 47).

Estas advertencias, que señalan la necesidad de “emplear contra la teoría tradicional las mismas armas que contra la sociología espontánea” (*Ibid*, 1998: 47), no son gratuitas; y es que en la conquista de ese horizonte exento de contradicciones, los enfoques teóricos adoptan la que quizá sea la característica del *mundo del sentido común* de la que el lenguaje teórico se intenta deslindar de manera más tajante: la *actitud natural*, es decir, la *suspensión de la duda* consistente en la aceptación sin discusión de un marco de supuestos (Pérez Ransanz, 1999: 35) y, por ende, en la suspensión de la *razón crítica* (Giddens, 1997: 165).

La fenomenología opone a la *actitud natural* la *actitud teórica*, caracterizando a esta última como el resultado de la recuperación deliberada de la duda, de la *puesta entre paréntesis* de las certezas del sentido común (Berger y Luckmann, 1968: 41). Pues bien, en el camino que los enfoques teóricos recorren hacia la consistencia sintáctica absoluta

existe un esfuerzo deliberado en sentido opuesto, en el que *la actitud teórica se naturaliza*.

Los enunciados teóricos adquieren así la forma que tienen las certezas más básicas del sentido común, es decir, se presentan como “lo más oculto, aquello en lo que todo el mundo está de acuerdo, tan de acuerdo que ni siquiera se habla de ello, lo que está fuera de toda duda, lo evidente” (Bourdieu, 2000: 83)¹⁹.

En el capítulo pasado decíamos que una de las características que la teoría sociológica suele imputar al conocimiento que los actores sociales tienen de su mundo es el de la traducción de toda situación a los términos de lo ya conocido. Pues bien, hay autores que plantean que la teoría opera exactamente de esta manera pues permite “pensar sólo lo que ha sido pensado” (Zemelman, 2003: 21), aquello que ya está contemplado en los enlaces conceptuales del enfoque asumido.

Esta “subordinación de lo nuevo a lo conocido” (Zemelman, 1987: 221) –entendida por algunos autores como una actitud conformista que “renuncia a la esencia misma del pensamiento” (Horkheimer, 2000: 77)– es posible en virtud de que la consistencia sintáctica obliga a los enfoques teóricos a cerrarse en sí mismos alcanzando así el nivel más alto de autorreferencia posible²⁰ y estableciendo fronteras conceptuales que

¹⁹ Esto lleva a Bourdieu a plantear que los sistemas de clasificación (enfoques teóricos) constituyen la *doxa* de la disciplina entendida como el conjunto de proposiciones que se admiten como evidentes (Bourdieu, 2000: 83).

²⁰ Decimos *posible* porque hay que tomar en cuenta que es cuando menos discutible que la *clausura operacional* absoluta sea un estado probable para una empresa *social* (la ciencia) que busca explicar asuntos con los que comparte el *apellido*, es decir, asuntos *sociales*.

Paralelamente, existen categorías que los enfoques teóricos aceptan fuera de su *perímetro conceptual*: “los teóricos rara vez desean cambiar tan abruptamente sus ideas. Con mayor frecuencia, quieren mantener el impulso predominante de sus ideas aunque evitando algunas de sus consecuencias. El resultado es que introducen revisiones *ad hoc*. Los nuevos conceptos se vuelven ambiguos, de modo que aún pueden sostener la «vieja» teoría. Llamaré «categorías residuales» a estos conceptos *ad hoc*, porque están fuera de la línea de argumentación explícita y sistemática del teórico. Las categorías residuales son como arrepentimientos teóricos: el teórico las inventa porque teme haber pasado por alto un punto crucial” (Alexander, 2000A: 22).

“convirtiéndose en divisiones mentales, funcionan de tal manera que hacen imposibles determinados pensamientos” (Bourdieu, 2000: 54)²¹.

Delineados los niveles en los que la autorreferencia de la teoría sociológica es observable, veamos qué escenarios plantean éstos a la disciplina.

La autorreferencia y sus escenarios de riesgo

Condición y resultado de la consolidación de los enfoques teóricos, la autorreferencia de la teoría –ese carácter *centrípeto* “que no la capacita a pensar desde fuera de su propia estructura” (Lizón, 1983: 11)– comporta al menos tres escenarios de riesgo (correspondientes cada uno a un nivel de autorreferencia) ante los cuales es necesario detenerse un poco pues, en conjunto, ponen en cuestión la centralidad que la disciplina otorga al trabajo teórico en el cuadro completo de sus operaciones.

El primer escenario (correspondiente al tercer nivel de autorreferencia presentado) plantea a la disciplina el riesgo de perder la capacidad de distinguir claramente sus enunciados de los del sentido común. Esto porque la estructura encargada de hacer efectivo el deslinde (la teoría) está inmersa en un proceso de consolidación lógica que la obliga a apropiarse de al menos dos de las características básicas que ella misma imputa al sentido común, es decir, la *suspensión de la duda* y lo que en el capítulo anterior llamamos “la traducción de todo lo nuevo a los términos de todo o viejo”²².

²¹ Movido por una preocupación similar a de Bourdieu, Immanuel Wallerstein plantea que “además de repensar –algo que es «normal»– las ciencias sociales del siglo XIX, [...] necesitamos «impensarlas» debido a que muchas de sus suposiciones –engañosas y constrictivas[...]– están demasiado arraigadas en nuestra mentalidad. Dicha suposiciones, otrora consideradas liberadoras del espíritu, hoy en día son la principal barrera intelectual para analizar con algún fin útil el mundo social” (Wallerstein, 1998: 3).

²² Este escenario de riesgo plantea a la disciplina la obligación de reconocer como escenario doméstico a otro de los grandes *enemigos* de la ciencia, es decir, a la *tradicición*: “Llamaré elemento apriorístico a la parte no empírica de la ciencia. Este elemento no

Esta última característica se expresa, según Hugo Zemelman, en la “tendencia de la conciencia teórica a abandonarse en el acervo alcanzado, renunciando a la capacidad de plantearse problemas fuera de lo acumulado” (Zemelman, 2003: 17).

El segundo escenario (correspondiente al segundo nivel de autorreferencia) es advertido por Wright Mills como el riesgo de que la teoría, inmersa en su interminable proceso de sofisticación conceptual, se convierta en un “formalismo complicado y árido en el que la descomposición de conceptos y sus interminables recomposiciones y combinaciones se convierte en la tarea central” (Mills, 1961: 42).

El tercer escenario (correspondiente al primer nivel de autorreferencia) es el que quizá comporte un desafío más crucial para la disciplina pues se expresa en el peligro de que ésta pierda por completo la noción de que fuera de sus postulados se encuentra la realidad a la que éstos, se supone, se deben:

El razonamiento teórico tiene una relativa autonomía respecto del “mundo real”. De hecho, me he visto en la obligación de poner esta expresión entre comillas. Como los límites que la realidad impone a la ciencia siempre sufren la mediación de compromisos anteriores, nos resulta imposible saber, en cualquier momento específico, qué es exactamente la realidad (Alexander, 2000A: 14-15).

Es este escenario –resultado de un proceso de *autorrealización* en el que la teoría llega a considerarse la propia realidad con otro nombre (De Sousa, 1998: 15)– ante el cual cobran sentido las advertencias que señalan

depende de las observaciones sino de las tradiciones. Esta afirmación puede parecer extraña. La ciencia, prototipo de racionalidad y modernidad, parecería opuesta a la tradición. A mi juicio, sin embargo, la ciencia –aunque sea racional– depende vitalmente de la tradición. La sociología es una ciencia social empírica, comprometida con la verificación rigurosa, con los datos, con la disciplina de la verificación. No obstante, estas actividades científicas se desarrollan, a mi entender, dentro de tradiciones que se dan por sentadas y no están sometidas a una evaluación estrictamente empírica” (Alexander, 2000A: 15).

el peligro de “hacer de los Conceptos los sujetos de la acción histórica [...] reduciendo la historia a una especie de gigantomaquia” (Bourdieu, 2000: 74).

Planteados los que nos parecen los principales escenarios de riesgo que comporta la autorreferencia de la teoría, revisemos los alcances que tienen algunas de las estrategias que se han propuesto para enfrentar éstos y otros desafíos.

El racionalismo crítico

El racionalismo crítico de Karl Popper podría considerarse como una propuesta de solución endógena a los escenarios de riesgo que comporta la *autorreferencia* de la teoría. El autor, retomando uno de los estadios de la ciencia propuestos por Kuhn, plantea la idea de una *revolución permanente* mediante la incorporación al cuerpo de la teoría de *experiencias refutadoras* u *observaciones falseadoras* de sus supuestos básicos (Giddens, 1997: 165).

Esta incorporación del *caso límite* (Habermas, 1978: 76) plantea la exigencia de reconocer el carácter provisional de enunciados teóricos (“estando así las cosas se puede decir...”) ²³ que contienen en sí la posibilidad de evidenciarse como erróneos, es decir, como *ignorancia* (Popper, 1978: 12).

Así, Popper complementa la idea de “la lógica deductiva [...como] la transferencia de la verdad de las premisas a la conclusión”, con la de la “*retransferencia, de la falsedad* de la conclusión a por lo menos una de las premisas” (*Ibid*: 20-21).

²³ En una tónica muy similar, Schütz plantea que “el sistema de la ciencia es de índole hipotética, y [...] la certidumbre científica –como toda certidumbre– es, en palabras de Husserl, «certeza hasta nuevo aviso» (*Gewissheit bis auf Widerruf*)” (Schütz, 1974: 264).

Aunque suele reconocerse a este planteamiento el mérito de atenuar la imagen plenipotenciaria de una teoría que se valida a sí misma, el racionalismo crítico de Popper ha sido duramente cuestionado con base en una idea que compartimos en este trabajo y que es bien expresada por Ralf Dahrendorf:

En *Popper* [...] la categoría de la crítica está por completo vacía de contenido; no cabe ver en ella sino un puro mecanismo para la confirmación provisional de enunciados muy generales de la ciencia: “No podemos fundamentar nuestros asertos”, sólo podemos “someterlos a crítica” (Dahrendorf, 1978: 48).

El principio de la falsación afianza a la teoría en el círculo autorreferencial del cual la pretende liberar pues “lo que «cuenta» como observación falsadora depende [...] de cierta manera del sistema teórico dentro del cual se expresa la descripción de lo observado” (Giddens, 1997: 170).

La metateoría como competencia entre escuelas

La *metateoría* es propuesta por algunos autores como un campo de análisis, que, libre de los compromisos que impone la adopción de un enfoque teórico determinado (Zabludovsky, 1995: 140), es capaz de ponderar la valía de las distintas ofertas explicativas.

Esta propuesta parte de la idea de que los enfoques teóricos no gozan de la invulnerabilidad conceptual que les atribuía Kuhn (*Ibid*: 135). Subrayando, como lo hacen muchos autores, el valor de la diversidad de enfoques como arma contra el dogmatismo (*Vid* Giddens y Turner, 1990: 12), esta propuesta presume que el desarrollo de la sociología depende de que, en la *competencia entre escuelas*, se hallen convergencias que guíen,

tanto el desarrollo del discurso de la disciplina, como la planeación de programas de investigación (Zabludovsky, 1995: 135):

La “metateoría” es una práctica disciplinaria que parte de la diversidad y “competencia” y que consecuentemente, no tendría ningún sentido si la sociología fuera una disciplina uniparadigmática. La posibilidad del desarrollo de este punto de vista está precisamente en la multiplicidad de posibilidades teóricas que a su vez hacen posible un “segundo nivel” de reflexión en torno al proceso y las formas de construcción del objeto teórico (*Ibid*: 139).

Así, este tipo de metateoría defiende a la acumulación teórica como una actividad basada en el rescate de los elementos proposicionales de los enfoques teóricos que hayan sido *comprobados* (*Ibid*: 149-150), con miras a la construcción de un nuevo enfoque.

Uno de los problemas que presenta esta concepción es que nada nos dice acerca de cómo y con qué criterios se ha de llevar a cabo la selección de enunciados *comprobados*. Adicionalmente, en la medida en que la propuesta invita a la construcción de un nuevo enfoque teórico mediante la sistematización de enunciados comprobados de varias teorías (*Ibid*: 140), no hay nada en ella que indique por qué debe considerársele exenta del imperativo de la autorreferencia.

La contextualización

La contextualización es una de las estrategias analíticas más aceptadas como solución al problema de la autorreferencia de la teoría. Son muchos los autores que, convencidos de que “la teoría sociológica [...] existe en el tiempo y el espacio y no sólo en un continuo científico abstracto” (Alexander, 2000A: 24), sostienen que en el contexto en el que los

enunciados teóricos fueron producidos, se encuentra un campo de estudio que pone de relieve que la teoría es un saber tan determinado históricamente como cualquier otro.

Este tipo de posturas fincan en la constante contextualización de los contenidos teóricos la posibilidad de no convertirse en enunciados, que renunciando a las condiciones en que fueron creados, ejercen un efecto ideológico²⁴ (Bourdieu, 2000: 81).

Contextualizar los enunciados teóricos es una labor que sin duda contribuye a relativizar los alcances analíticos que su autor les adjudicó y, en este sentido, es una herramienta de la que la disciplina puede valerse en contra de los escenarios de riesgo que comporta la autorreferencia.

Concretamente, la contextualización puede atenuar el carácter autorreferente de la teoría en la medida en que, al revisar las condiciones de producción de los enfoques teóricos, obliga a trabajar sus enunciados poniendo entre paréntesis la forma cerrada que adquieren (o pretenden adquirir) en su versión final: ²⁵

Una primera causa de malentendido reside en el hecho de que los lectores, incluso los más “cultivados”, sólo tienen una idea aproximada de las condiciones de producción del discurso que intentan apropiarse. Por ejemplo, hay una lectura “filosófica” o “teórica” de los trabajos de ciencias sociales que consiste en retener las “tesis”, las “conclusiones” con independencia del procedimiento por el que se ha llegado a ellas (Bourdieu, 2000: 41).

No obstante las ventajas señaladas, la contextualización plantea algunos problemas ineludibles. Uno de los más evidentes se expresa en la dificultad de determinar criterios para discernir por qué un mismo

²⁴ Para Max Horkheimer, “cuando el concepto de teoría se autonomiza, como si se pudiera fundamentar a partir de la esencia interna del conocimiento o de algún otro modo ahistórico, se transforma en una categoría reificada, ideológica” (Horkheimer, 2000: 29).

²⁵ “El producto acabado, *opus operatum*, oculta el *modus operandi*” (Bourdieu, 2000: 233).

contexto histórico puede asistir a la producción de perspectivas teóricas consideradas rivales en el debate académico.²⁶

Adicionalmente, es común que, concentrados en la tarea de contextualizar todo enunciado teórico, los que llevan a cabo esta labor nos planteen que “la única forma de comprender las ideas de un pensador sea «pasar la vida con él», releyendo todos sus libros y artículos y contextualizándolos constantemente” (Zabludovsky, 1995: 286). Entrevistado por Gina Zabludovsky, Jeffrey Alexander sostiene que los autores que se dedican a la *contextualización* de los enunciados teóricos “tienden a concentrarse únicamente en las bases sociales de los escritos, y consideran que los textos no son en sí mismos problemáticos” (*Ibid*: 287).²⁷

Pero el problema que esta propuesta impone a una empresa como la que nos hemos planteado –la de revisar posibles salidas a los escenarios de riesgo que impone la autorreferencia– tiene que ver con el hecho de que la contextualización es una herramienta para *leer* teoría pero no para *hacer* teoría. Es decir, en la medida en que no constituye una herramienta para la elaboración conceptual, sino sólo para la lectura de elaboraciones terminadas, la contextualización no brinda garantía alguna de atenuar los riesgos de los escenarios que hemos presentado.

Concentrada en la tarea evidenciar la relación de los enunciados teóricos con las condiciones sociales que contribuyeron en su producción, la contextualización no ofrece ninguna estrategia para enfrentar los riesgos que plantea la ausencia de contacto de esos mismo enunciados con las

²⁶ En consonancia con lo que hemos dicho en páginas anteriores respecto a los límites de la ambición de la *representación exacta*, esta cuestión se explica por el hecho de que “todo texto es una construcción intencional, no el reflejo de una determinada realidad” (Alexander, 1990: 51).

²⁷ Paul Ricoeur muestra los límites de la *contextualización* cuando afirma que “la trayectoria de un texto escapa al horizonte finito que vivió su autor. Lo que el texto dice ahora importa más que lo el autor quiso decir” (Paul Ricoeur *Cit. Pos*, Alexander, *Ibid*: 70). En el mismo sentido, Giddens afirma que “si existen ideas importantes y esclarecedoras, mucho más que su origen interesa poder depurarlas para poner de manifiesto su fecundidad, aunque sea en un marco enteramente diferente del que contribuyó a engendrarlas” (Giddens, 1995: 23).

condiciones sociales que pretenden explicar fuera del contexto que los vio nacer.²⁸

La doble hermenéutica y las autocomprensiones del mundo de la vida

En la teoría sociológica contemporánea es común encontrar posturas que, recuperando los argumentos básicos de la fenomenología, afirman a la esfera del sentido común como el presupuesto básico para la producción de conocimiento sociológico concebido éste como la interpretación de asuntos que se saben preinterpretados por sus protagonistas.

Aunque suele adjudicarse a la doble hermenéutica de Giddens la confección de esta postura, nosotros incluimos a Habermas en el desarrollo de esta perspectiva pues es uno de los autores que con mayor claridad han ponderado el carácter precientífico de los objetos de análisis de la disciplina:

El saber del mundo, aparentemente objetivo, de los hechos está trascendentalmente basado en el mundo precientífico. Los posibles objetos del análisis científico se constituyen de antemano en autocomprensiones de nuestro mundo vital primario (Habermas, 1993: 164).

El límite que este tipo de planteamientos puede oponer a la autorreferencia de la teoría sociológica reside en el hecho de que, al reconocer en el mundo de los fenómenos versiones acerca de los mismos

²⁸ Por lo demás, esta tarea se ha demostrado incompleta a partir de las formulaciones que plantean que el significado de un texto no está determinado sólo por el contexto de su autor sino también por el de su intérprete: “el verdadero significado de un texto cuando éste le habla al intérprete no depende de la contingencia ni de quién fue su destinatario. El significado de un texto está parcialmente determinado por la situación histórica del intérprete” (Gadamer, *Cit. Pos. Alexander*, 1990: 70).

asuntos que ella trata, le plantea la exigencia de entrar en contacto con ellas más allá de la intención de *representarlas* o *subsumirlas*.

Asumir el constante desplazamiento entre dos marcos de sentido, el mudo social provisto de sentido y los metalenguajes de la ciencia social (Giddens, 1995: 396), plantea a la teoría no sólo una predisposición para la relación con enunciados externos a ella, sino la conciencia de sus consecuencias, lo cual quiere decir que la teoría se construye sabiendo que de alguna forma aporta elementos para la acción de sus protagonistas: “lo «doble» de «hermenéutica doble» connota una dualidad: los «descubrimientos» de la ciencia social no permanecen ajenos al «asunto» al que se refieren, sino que constantemente reingresan a éste y lo replasman” (Giddens, 1997: 19).

Anclado en la certeza de que todo actor social es un teórico social competente, Giddens plantea la necesidad de “una relación recíproca entre los conceptos empleados por los miembros de la sociedad y los utilizados por los observadores sociológicos” (*Ibid*: 184) sin detenerse en proponer cómo sería ésta posible. Lo que sí nos deja claro es que existe una forma de pensar a la teoría sociológica desde la cual se plantea la posibilidad romper con la *autorreferencia*. Desde esta perspectiva, las versiones que los actores tienen acerca del mundo y su estar en él se consideran un interlocutor de la ciencia y no una amenaza.

En la obra de Habermas, lo anterior se traduce en la necesidad de que el sociólogo reconozca la actitud pre-teórica que lo identifica como actor social:

Con *anterioridad* a cualquier tipo de dependencia respecto de una teoría, el “observador” sociológico ha de servirse, como participante en los procesos de entendimiento, de los lenguajes con los que se encuentra en su ámbito objetual, pues sólo a través de esos procesos puede tener acceso a los datos. La problemática *específica* de la comprensión consiste en que el científico social no puede servirse del

lenguaje con que ya se topa en el ámbito objetual como de un instrumento neutral. No puede “montarse” en ese lenguaje sin recurrir al saber preteórico que posee como miembro de un mundo de la vida, de su propio mundo, saber que él domina intuitivamente como lego y que introduce sin analizar en todo proceso de entendimiento (Habermas, 2001A: 158).

El problema es que estos planteamientos exigen una relación con los enunciados del sentido común, pero reclaman para sí las prerrogativas de un enfoque teórico. Como todo enfoque teórico, la doble hermenéutica reconoce en su propio esquema conceptual la gran ventaja de *completar* las nociones del sentido común:

Aun cuando fuera cierto que la sociología meramente “describe” o “redescribe” lo que los actores ya saben sobre sus acciones, ninguna persona concreta puede poseer un conocimiento detallado de algo más que el sector particular de la sociedad en el que participa, de modo que todavía queda la tarea de convertir en un cuerpo explícito y completo de conocimiento lo que sólo es conocido en una forma parcial por los mismos actores legos (Giddens, 1997: 158).

Siempre que se subraya la necesidad de poner atención al carácter preinterpretado del asunto de nuestra disciplina, se parte del reconocimiento de que el lenguaje teórico es una forma de conocimiento entre otras tantas. Esto plantea el problema de cómo justificar la valía de los enunciados teóricos ante los producidos y reproducidos por los actores en el curso de su vida cotidiana. Desde la inobjetable certeza de la utilidad de la teoría, este problema es enfrentado con base en la confianza que se otorga a la *sistematicidad* de los enfoques teóricos ante a la *parcialidad* de los enunciados del sentido común.

Como ya hemos visto, la confianza en que la teoría puede «ir más allá» del saber de los actores se deposita en su sistematicidad y ésta comporta siempre cierto nivel de autorreferencia.

Tres salidas en falso

Hemos revisado por separado algunas propuestas que podrían atenuar los alcances de la autorreferencia teórica. Estas propuestas pueden ser agrupadas en dos tipos de *salidas* que presentan limitaciones evidentes:

a) *Los límites de una salida endógena.* Siempre que se trate de enunciados insertos en un enfoque teórico, cualquier *salida* que se plantee al problema de la autorreferencia se vale de ella. Propuestas como la de Popper, Giddens y Habermas, invitan a la apertura de los enfoques teóricos pero constituyen enfoques teóricos.

b) *Los límites de una salida exógena.* Las invitaciones a someter a revisión la teoría desde fuera de cualquier enfoque teórico –ya sea con el objetivo de *contextualizar* sus enunciados o con el de sacar, de la amplia *oferta teórica*, conceptos útiles para la construcción de un enfoque nuevo– no aclaran cuál es ese lugar privilegiado desde el cual se puede observar a los enunciados teóricos sin condicionamientos teóricos.

Delineado este panorama estaríamos tentados a proponer una tercer *salida* que, ante el peligro de que la sociología no diga nada de la realidad social –porque la labor encargada de hacerlo (la teoría) vive encerrada en sí misma– la llame a abandonar la ambición de la explicación conceptual invitándola a reconocer humildemente que su papel debe restringirse a describir procesos sociales concretos. Esta *salida de emergencia*, subyacente a muchos programas de investigación empírica, acabaría sin

duda con el problema de la autorreferencia de la teoría pero también con la sociología como disciplina científica.²⁹

Es ante este escenario que nos vemos obligados a revisar qué problemas plantea la autorreferencia a una empresa como la que nos hemos puesto por objeto, es decir, la de indagar las posibilidades de *capacitar* a la sociología para enfrentar el desafío de la complejidad de la realidad social. Atendiendo a lo planteado en el capítulo pasado, habría que revisar qué límites impone a la disciplina la autorreferencia de la teoría cuando se vuelve objetivo explícito el incorporar las exigencias que, en términos de despliegue de lo observable, nos impone el *presente social*.

Autorreferencia y complejidad.

Para caracterizar la relación entre autorreferencia y complejidad, conviene detenerse un poco en revisar por qué la teoría es una empresa incapacitada para incorporar a aquellos sectores de la realidad social que *aún no* constituyen observables. Tentativamente puede decirse que lo anterior es resultado del gran *desfase* que existe entre la forma en que opera la teoría y la forma en que lo hace la construcción de la realidad a la que ella se refiere.

Este *desfase* puede ser observado, al menos, en dos dimensiones íntimamente relacionadas entre sí.

1) Ya hemos dicho que el gran desafío que la complejidad impone a la sociología es el de trabajar con observables siempre abiertos a asumir formas *inesperadas* en virtud de la intervención deliberada de actores sociales que transforman determinaciones en recursos.

²⁹ Resulta evidente que cuando una empresa intelectual renuncia al desafío de establecer definiciones conceptuales que trasciendan a todo caso concreto, no puede ser considerada una empresa científica.

Si aceptamos que la teoría trabaja con la idea que tiene de un observable antes de hacerlo con el observable en cuestión (primer nivel de autorreferencia), el problema que nos hemos planteado –el de revisar las posibilidades de una *sociología en gerundio*– adquiere nuevas y mayores dimensiones. Esto porque la idea que un enfoque teórico tiene acerca de un objeto (un observable) forma parte de una estructura conceptual que tiende a cerrarse en sí misma en la conquista del horizonte de la no-contradicción (segundo nivel de autorreferencia). Como corolario de esto, cada *objeto de la teoría* tiene una forma y un contenido muy precisos delineados en virtud del lugar que ocupa en el sistema de proposiciones que es una teoría.

Como más que a *representar* el estado real de las *cosas sociales*, los enunciados teóricos son llamados a sostener la coherencia interna del enfoque teórico al que se adscriben, no pueden *darse el lujo* de incorporar sectores sin contenido definido, como lo son los *no-observables*. En el enfrentamiento del enunciado teórico al observable, la *suspensión de la duda* (tercer nivel de autorreferencia) suspende a su vez cualquier posibilidad de asumir la incertidumbre inherente al reconocimiento de la existencia de sectores de la realidad social que *aún no* tienen un contenido preciso.

Así, el proceso de *sofisticación conceptual* de los enfoques teóricos opera de manera *tendencial*. Con esta categoría, en el capítulo pasado nos referimos al movimiento de lo real en virtud del cual se puede esperar el advenimiento de determinados eventos que se *deducen* de las determinaciones que los anteceden. Pues bien, en el proceso de consolidación interna de los enfoques teóricos, los enunciados más generales, aquellos que se refieren a los elementos considerados *fundamentales*, funcionan como en la realidad social lo hacen esas determinaciones.

Lo anterior nos indica por qué el señalar *tendencias sociales* en virtud de las cuales *se puede esperar que...* es una labor perfectamente

compatible con la autorreferencia teórica. Una *tendencia* puede perfectamente ser expresada por un enunciado cuya colocación en el entramado proposicional del enfoque teórico que se asuma está clara.

Lo que la teoría desconoce como operación propia es el movimiento que se da en la realidad a raíz de la acción deliberada de actores que convierten determinaciones en recursos en virtud de un *aún-no*, es decir, de la capacidad de proyectar *futuros posibles*.

Una de las características de la autorreferencia que hemos trabajado, se expresa en la incapacidad de los enfoques teóricos de pensar en aquello que no está incluido en su estructura conceptual. En contraste con esto, la idea de *futuro presente* implica el reconocimiento de que la realidad social observable está constituida, en parte, por algo distinto a sí misma, es decir, *lo posible*. He ahí la primera dimensión del *desfase*, mientras la teoría se construye desde sí misma de manera *tendencial*, la realidad lo hace, en parte, desde aquello que *aún no* es.

2) Para caracterizar la segunda dimensión en que puede ser observado el *desfase* entre teoría sociológica y realidad social, resulta sumamente útil acudir a la crítica que Fernand Braudel hace a la sociología por lo que él considera el *despojo* de una de las dimensiones que constituyen de manera más substancial a los fenómenos sociales: el tiempo (Braudel, 1968: 97, 102).

Braudel cuestiona el valor científico de una disciplina que, buscando datos fijos, “no capta el sentido, la rapidez, la lentitud, la subida o la caída del movimiento que arrastra todo fenómeno social” (*Ibid*: 128).

Según el autor francés, estas cualidades –que apuntan a cómo el tiempo se inserta en un fenómeno social– son ignoradas por la sociología pues su objetivo es presentar una imagen inmóvil de los fenómenos sociales (*Ibid*: 99)³⁰. Para una disciplina que finca su potencial explicativo

³⁰ Cuando se presenta una imagen inmóvil de los fenómenos sociales la única manera en que se puede encontrar referencias al tiempo es como una línea *en la que el fenómeno se mueve*, es decir, como una variable *externa* al mismo.

en la adscripción de sus observaciones a un enfoque teórico, resulta prácticamente imposible captar cualidades de los procesos sociales que no apuntan a cómo *son* (*fueron o serán*) las cosas sino a cómo están *siendo*.

Y es que cualidades como la *lentitud*, la *rapidez*, el *sentido*, la *subida* o la *caída* son aspectos relevantes de un proceso sólo cuando se le considera *abierto*. Estas cualidades son pues, contenido del *gerundio*. Si la teoría no es capaz de incorporar al gerundio es porque éste implica siempre apertura y esta última obliga siempre a trabajar con ese sector de la realidad que *aún no* constituye un observable.

En suma, si como lo afirma Braudel, la sociología no es capaz de incorporar al tiempo como una dimensión constituyente de los fenómenos que observa es porque el hacerlo implicaría reconocer que esos fenómenos están constituidos, en parte, por sectores que no tienen un contenido definido y en esa medida, no garantizan una colocación *estable* en el sistema de proposiciones del enfoque que se asuma que contribuya a sostener su coherencia interna como *oferta explicativa*.

Un escenario de riesgo adicional

Las dos dimensiones del desfase que hemos revisado en realidad apuntan a un mismo problema que puede ser expresado de la siguiente manera: la realidad a la que la teoría sociológica se refiere tolera niveles de incertidumbre claramente mayores a los tolerados por estructuras conceptuales que tienden a cerrarse en sí mismas en salvaguarda de su consistencia sintáctica.

Es este escenario ante el que Hugo Zemelman plantea que, “al enfrentarnos con una mutabilidad real imprevisible y con una praxis que la moldea, no tiene sentido limitarse a trabajar con estructuras teóricas «acabadas»” (Zemelman, 1992A: 28).

Y es que el hecho de que la complejión de la teoría sociológica no tolere un principio, como el de la incertidumbre, tan determinante para la forma en que se construye el sector de lo real que le interesa, abre un último escenario de riesgo que da pié a las reflexiones que hacemos en el siguiente capítulo: la contradicción entre la estructura de la disciplina y la de su objeto (Adorno, 1978: 30).

Es ante el riesgo de esta contradicción –frente a la cual Adorno señala la “necesidad de que en la complejión de la teoría aparezca la de la cosa” (*Ibid*: 38)– que nos planteamos resolver la cuestión de cómo formular una estrategia de elaboración conceptual que permita a la sociología aprehender a la *realidad social en gerundio* incorporando la tensión presente entre lo que está dado y lo que está por darse, es decir, incorporando a lo que se está *dando*.

Es justo a esto a lo que dedicamos el siguiente, y último, capítulo de este trabajo en el que intentaremos defender que la disciplina puede encontrar en la *crítica* una estrategia para el trabajo conceptual que, al "subordinar las exigencias teóricas a la aprehensión del presente" (Zemelman, 1992A: 29), la capacita para enfrentar el desafío de la *complejidad* de la realidad social.

Capítulo III

Invitación a la crítica

Una problemática, dos alternativas

En el capítulo anterior ubicamos en la contradicción entre la complejidad de la sociología y la de su objeto (Adorno, 1978: 30), un escenario de riesgo en torno al cual nos propusimos desarrollar las siguientes reflexiones.

Este escenario nos llevó a plantear la cuestión de cómo acortar la distancia que la teoría sociológica ha ido tomando de la forma en la que opera el sector de lo real al que ella se refiere.

Para avanzar en esta dirección, en las siguientes líneas revisaremos algunas de las alternativas que han propuesto a esta problemática algunos de los autores que, de distintas maneras y con distintos énfasis, la han advertido.

En esta revisión, nos centraremos en aquellas formulaciones que coinciden en ubicar en la *crítica* la posibilidad de descentrar el papel teórico-explicativo de la disciplina.

A pesar de esta coincidencia básica, el papel que se asigna a la *crítica* en cada una de las formulaciones que revisaremos, es distinto. Atendiendo a lo anterior, agrupamos las siguientes reflexiones alrededor de dos concepciones de *crítica*: *la crítica como adjetivo* y *la crítica como estrategia*.

La crítica como adjetivo

Uno de los diagnósticos que señalan de manera más decidida el abismo que separa a la teoría sociológica de los procesos sociales a los que ella se refiere, es el defendido por la llamada *teoría crítica*.

Desde la certeza de que bajo el esquema de la *teoría tradicional* la disciplina terminará siempre por *claudicar ante lo existente*, los autores adscritos a este enfoque teórico proponen la incorporación al cuerpo de la teoría sociológica de un *escenario futuro*:

La sociedad, a cuyo conocimiento ha de apuntar en última instancia la sociología, si no quiere reducirse a mera técnica, sólo cristaliza efectivamente a la luz de una concepción de una sociedad justa, en torno, en fin, a la idea de una sociedad cabal (*Ibid*: 43).

Reconociendo, como muchos otros, que “uno de los mayores méritos de Marx fue haber intentado articular un análisis exigente de la sociedad capitalista con la construcción de una voluntad política radical de transformarla y superarla” (De Sousa, 1998: 46), estos autores sugieren incorporar al análisis de las condiciones sociales existentes, la dirección su transformación futura (*Ibid*: 38).

Así, al *adjetivar* a la teoría, la *crítica* desempeña fundamentalmente dos funciones; por una parte, dota a la teoría de una connotación ética¹ y, por otra, la llama a atender ciertas dimensiones de lo real que bajo el esquema de la *teoría tradicional* permanecen ocultas.

La primera función resulta del hecho de que la imagen de futuro integra a la teoría “el estudio de las posibilidades de transformación que surgen de la historia con un programa de acción práctica que pueda llevar a cabo estos cambios” (Giddens, 1998: 60).

Y es que el diseño de ese *escenario futuro* se distingue de lo que en el primer capítulo expresábamos con la categoría de la *especulación* justo en lo mismo que los *proyectos* que los actores comprometen al curso de su acción. Es decir, mientras la *especulación* involucra escenarios futuros que *se esperan* a partir de las *tendencias* observables, el diseño de una *sociedad futura* compromete la disposición ética de *llevarla a cabo*, la voluntad política de *hacerla ocurrir*.

La “teoría crítica” observa al ser humano en la sociedad en la que vive no como algo “dado”, no como “lo que es”; la “teoría crítica” observa al ser humano en un contexto de intereses sociales y en el contexto de una racionalidad normativa de “cómo podría ser” mencionado ser humano. La “teoría crítica” posee como sustento teórico una ética social muy pronunciada (Jokisch, 2001: 15).

La segunda función de la *crítica* consiste en poner de relieve dimensiones de la sociedad existente que de otra forma permanecerían ocultas a la observación. Éste es el caso de la *contradicción* y la *necesidad*, dimensiones cuya caracterización sólo cobra sentido en el diseño de una sociedad que las supere. Para la teoría crítica, esa *sociedad futura*:

¹ Esta función de la crítica ha sido utilizada como uno de los principales argumentos que a la teoría crítica han opuesto sus detractores, quienes la han atacado justo “por no ser

no ha de ser contrastada con la existente como si fuera un simple valor supuesto, por vía totalmente abstracta, sino que surge de la crítica, esto es, de la conciencia de la sociedad de sus propias contradicciones y de su necesidad (Adorno, 1978: 43).

Esbozadas las funciones que la *crítica* desempeña en el binomio *teoría crítica*, urge establecer qué relación guarda esto con los desafíos planteados en los capítulos anteriores.

Teoría crítica y complejidad

En el primer capítulo construimos un referente de *complejidad* de lo social en torno a la categoría del *presente social*. Con dicha categoría nos referimos a la tensión existente entre lo que está *dado* y lo que está *por darse*, es decir, a lo que se está *dando*.

Decíamos también que la *complejidad* impone a la sociología el desafío de reconocer, en lo que *aún no es (futuro presente)*, un sector de lo real en virtud del cual lo que *es* puede ser considerado un recurso para la acción (*pasado presente*) y no sólo un conjunto de determinaciones.

En este sentido, la *complejidad* llama a la disciplina a atender a las condiciones sociales existentes en su dimensión *posibilitadora*. A decir de Sergio Bagú, esto implica necesariamente el abandono de concepciones que ven en la historia un conjunto de *condiciones* que *determinan fatalmente* el advenimiento de sucesos ante los cuales sólo puede asumirse la pasiva actitud de la espera:

La experiencia histórica es importante, siempre que sea examinada con imaginación. Es decir, siempre que pensemos en una historia de posibilidades y no de fatalidades. La historia dirigida por estructuras

sólo teoría o por no ser sólo reflexión ético-política” (Muñoz, 2000: 17).

omnipotentes no supera mucho a aquella gobernada por los dioses precristianos. Esa historia no enseña nada. Abruma como una maldición divina; aletarga la capacidad de decidir y de actuar (Bagú, 1970: 116).²

Es justo en la defensa de la capacidad de *imaginar futuros distintos* (Horkheimer, 2000: 80)³ en la que se inscribe el papel de la *crítica* tal y como es definida por el enfoque teórico al que da apellido. Como ya hemos visto, al interior de este enfoque teórico, la *crítica* es la actividad llamada a poner de relieve dimensiones de la *sociedad existente*, como la de la *contradicción* y la *necesidad*, a partir de la incorporación a su análisis de un *escenario futuro*.

Theodor Adorno afirma que “únicamente a quien sea capaz de imaginarse una sociedad distinta de la existente podrá ésta convertirse en problema; únicamente en virtud de lo que no es se hará patente en lo que es” (Adorno, 1978: 45). Categorías como la de la *contradicción* y la de la *necesidad* señalan propiedades de lo real que sólo pueden ser atendidas desde la disciplina si ésta reconoce en lo que *aún no es* un referente sin el cual resulta imposible formular una idea completa acerca de lo que el mundo social es⁴. En palabras de Hugo Zemelman, la importancia de este tipo de categorías es que permiten “trascender la situación actual o dada” (Zemelman, 2003: 53).

² Esa *historia de fatalidades* recuerda la impotencia de Tiresias en *Edipo Rey* ante el advenimiento de sucesos sobre los cuales, aun conociéndolos con anticipación, no tenía ninguna posibilidad de injerencia: “Tiresias fue cegado en su juventud por haber visto desnuda a Palas Atenea, pero los dioses le retribuyeron con el don de la profecía [...]. Aunque Tiresias no puede ver lo que sucede en el momento, tiene conocimiento de las cosas futuras. Sin embargo, carente de todo poder para provocarlas o impedir las, es un impotente espectador del futuro. «Cosa funesta es el conocimiento cuando conocer no sirve de nada» dice Tiresias en *Edipo Rey*, de Sófocles” (Schütz, 1974: 255).

³ Según Max Horkheimer, la invitación a imaginar futuros distintos desde la teoría constituye una recuperación de la tradición filosófica que, desde Kant, se opuso al *culto a los hechos* y al conformismo social que, concentrada en brindar explicaciones plausibles acerca de lo que el mundo social es, la ciencia produce (Horkheimer, 2000: 80).

⁴ Zemelman define a la *necesidad* “como la posibilidad del hombre de construir sus realidades a partir de visiones utópicas” (Zemelman, 1996: 49).

Es en atención a lo anterior que se puede sostener que la concepción de la *crítica* propia del enfoque teórico que estamos revisando, constituye una invitación a asumir que en la tensión entre lo que está dado y el *aún-no* se encuentra un sector, lo *posible*, que forma parte importante de la dinámica constitutiva de lo real. Algunos autores señalan a esta concepción de lo *posible* como un sector de lo *social dado* (Jokisch, 2001: 21) como uno de los aportes sustanciales de la teoría crítica.

Lo que habría que preguntarse es qué es lo que la disciplina debe modificar en el cuadro de sus operaciones para ser capaz de trabajar desde la distinción “entre aquello que el hombre y las cosas pueden ser y aquello que fácticamente son” (Herbert Marcuse, *Cit. Pos. Habermas*, 2001B: 540). Éste es un asunto tan crucial para la teoría crítica que ha llevado a algunos de sus autores a dudar de la conveniencia de su adscripción al *censo* de las *teorías científicas*:

Para Habermas su teoría crítica debe estar a mitad de camino entre la ciencia y la filosofía. No puede ser una ciencia porque terminaría claudicando ante lo existente, pero tampoco puede ser una filosofía como lo proponía Lukács porque el teórico no asume compromiso alguno con lo existente (Castañeda, 2002: 36).

Ya regresaremos a este punto, por lo pronto revisemos qué relación puede establecerse entre las funciones de la *crítica como adjetivo de la teoría* y lo que en el capítulo pasado planteamos acerca de la *autorreferencia* de la teoría sociológica.

Teoría crítica y autorreferencia

En el capítulo pasado trabajamos en torno a tres escenarios de riesgo correspondientes a tres niveles de autorreferencia. En aquellas líneas

planteamos que el escenario que quizá comporte un desafío más crucial para la disciplina se expresa en el peligro de que ésta pierda por completo la noción de que fuera de sus postulados se encuentra la realidad a la que éstos, se supone, se deben.

Decíamos además que este escenario tiene su origen en la centralidad que la sociología ha otorgado a la teoría en el cuadro completo de sus operaciones. Y es que, tal y como lo planteamos, la producción teórica se encuentra tan determinada por el imperativo de la corrección formal que, a su interior, “la descomposición de conceptos y sus interminables recomposiciones y combinaciones se convierte en la tarea central” (Mills, 1961: 42).

Es justo este escenario de riesgo ante el que la función ética de la *crítica como adjetivo de la teoría* puede ofrecer algunas opciones. Esto porque, como lo afirma Fernando Castañeda, “el núcleo de toda teoría crítica es la idea de que el objeto de la crítica no es la teoría, sino la realidad misma” (Castañeda, 2002: 35).

Ahora bien, la teoría no requiere de *apellidos* para sostener que *tiene por objeto a la realidad*. El problema es que, como lo planteamos en el capítulo anterior, la relación que la teoría establece con su objeto –la *explicación*– implica *distancia, separación*. Recordemos que, en su acepción más básica, la teoría puede ser entendida como “una generalización separada de los particulares, una abstracción separada de un caso concreto” (Alexander, 2000A: 12).

Como lo dijimos en el capítulo pasado, garantizada la *separación* que hace que la teoría sea tal y no mera descripción, los enunciados teóricos quedan totalmente expuestos ante las exigencias que, en términos de *clausura operacional*, les impone el imperativo de la corrección formal, de la consistencia sintáctica.

Pues bien, al proponerse de manera explícita el “generar e incorporar la dimensión ética [...] en la relación de conocimiento” (Sacristán, 2003: 8),

la *crítica* descentra a la teoría de sí misma al plantearse como parte de la práctica social llamada a hacer que ocurra *lo posible*:

Si la teoría crítica [...] observa al ser humano en relación con la sociedad en la que vive no como algo positivo *dado*, sino como algo social y racional *posible*, en ese mismo momento se convierte la mencionada “teoría crítica” en una teoría con una dimensión *práctica*. Una teoría de dicha índole se vuelve parte de la “emancipación práctica de la sociedad en la que se encuentra institucionalizada” (Jokisch, 2001: 15).

Para revisar el alcance que tiene este planeamiento en relación al problema de la autorreferencia de la teoría, resulta útil compararlo con el que aparece en las anotaciones que, a la teoría crítica, hace Anthony Giddens:

La formulación de una teoría crítica no es una *opción*; teorías y descubrimientos en las ciencias sociales son susceptibles de consecuencias prácticas (y políticas) más allá de que el observador sociológico o el estadista decidan que se las puede “aplicar” a determinada cuestión práctica (Giddens, 1995: 35).

Al prescindir de la connotación ética de la *teoría crítica*, es decir, al considerar que las *consecuencias prácticas* de los enunciados teóricos no se pueden elegir, el sociólogo inglés defiende la separación entre teoría sociológica y su referente⁵.

La diferencia es clara, mientras para Giddens las consecuencias prácticas de los enunciados teóricos constituyen un *resultado inevitable* del que no es necesario *hacerse cargo*, la *teoría crítica* asume como objetivo

⁵ En franca oposición a lo planteado por Giddens, Jürgen Habermas dice que la sociología, “con su abstinencia metodológica frente a las consecuencias prácticas de su propio quehacer, tiene que soportar una limitación que le obstruye la visión, en lugar de sobre el objeto, sobre sí misma” (Habermas, 2000: 227).

el constituirse como “momento de una praxis que apunta a nuevas formas sociales” (Muñoz, 2000: 22).

Rompiendo con la idea de que el conocimiento puede prescindir de plantearse la cuestión de qué función cumple en los procesos sociales a los que se refiere⁶ –y renegando así de “la pretensión contemplativa de las teorías” (Habermas, 2000: 14)– lo que la *crítica* hace cuando se presenta como *adjetivo de la teoría* es plantearle la exigencia de desempeñar una *función* en la transformación de las condiciones sociales existentes⁷. En este sentido, Hugo Zemelman plantea que “la crítica es siempre concreta, [pues...] es siempre función del contexto en que se ejerza” (Zemelman, 2003: 55).

Si relacionamos esto con lo planteado en el capítulo anterior, estaríamos tentados a sostener que hemos *descubierto* en la teoría crítica un enfoque que, al subordinar el papel explicativo de sus enunciados a su función práctica, no puede ser *autorreferente* y que, por lo tanto, está exento de los escenarios de riesgo que esbozamos en aquellas líneas.

Si sumamos a esto lo trabajado en el apartado anterior, podríamos pensar que estamos frente a un enfoque teórico capaz de captar la *complejidad* de lo social a través de la incorporación de un *escenario futuro posible* al análisis teórico de las condiciones sociales existentes.

Finalmente, podríamos plantear que la contradicción entre la complejión de la sociología y la de su objeto es un escenario de riesgo ante el cual no debe preocuparse un enfoque teórico que asume como objetivo el formar parte de la complejión de los procesos sociales a los que se refiere.

⁶ Según Pierre Bourdieu “cuando una actividad se constituye como disciplina universitaria se deja de plantear la cuestión de su función y de la función de los que la practican” (Bourdieu, 2000: 49).

⁷ Un planteamiento similar lo podemos encontrar en lo que Bourdieu llama *utopismo racional* definido como la actividad intelectual “capaz de jugar con el conocimiento de lo probable para lograr que ocurra lo posible” (*Ibid*: 78). En este tenor, el sociólogo francés plantea que “es jugando conscientemente con la lógica del mundo social como se puede lograr que acontezcan los posibles que no parecen inscritos en esta lógica” (*Ibid*: 48).

Sin embargo, la distinción propuesta por Hugo Zemelman entre la *función crítica* y el *uso crítico* de la teoría nos obliga a mirar con cautela este aparente “descubrimiento”:

Una cosa es pensar que la teoría en sí misma cumple una “función crítica”, y otra distinta el “uso crítico” de esa teoría crítica. [...] La cuestión está en que se puede usar acriticamente una teoría cuya función es crítica (Zemelman, 1983: 64).

La distinción que hace el autor chileno nos invita a considerar que el que determinados enunciados teóricos sean formulados con el objetivo de formar parte de la transformación de las condiciones sociales que contribuyen a explicar –y aun cuando de hecho lo hagan– no garantiza que sean ajenos a al menos uno, el más crucial, de los escenarios de riesgo que planteamos el capítulo anterior.

Hablábamos en aquellas líneas del peligro de que la disciplina vea en los Conceptos (con mayúscula) a los sujetos de la acción histórica (Bourdieu, 2000: 74). Pues bien, estamos ante un enfoque teórico que ve en su estructura conceptual, no sólo versiones completas de lo que el mundo social *es*, sino también acerca de lo que en él es *posible* y, aún más, de lo que es *necesario* para que eso *posible* ocurra.

Visto desde esta perspectiva, pareciera que, al *adjetivarla*, lo que la crítica da a la teoría es tan sólo la posibilidad de extender su campo de visibilidad. Si, en salvaguarda de la consistencia sintáctica, la *teoría sin apellidos* es incapaz de incorporar la incertidumbre que resulta de la acción deliberada de sujetos que transforman determinaciones en recursos, la teoría crítica se muestra capaz de volver contenido teórico (*propiedades fundamentales de lo real*) esos recursos y los escenarios de futuro que los suscitan (*proyectos*).

Lo que sigue sin ser incorporado es la sustancia de la *complejidad* entendida como *presente social*, es decir, la *incertidumbre*. Definidos el

punto de partida, la meta y el camino, lo único que los procesos reales pueden oponer al enfoque teórico desde el que fueron delimitados como observables, son *rangos de desviación*.

Reconociendo sin embargo el aporte que representa el poner a la disciplina frente al desafío de asumir a sus postulados teóricos como parte de los procesos sociales a los que se refieren –y el señalar, además, el carácter *ético* de dicho desafío–, en apartados posteriores intentaremos sostener que el gran límite que la teoría crítica impone a una empresa como la que nos hemos planteado es que subordina a la crítica al imperativo teórico de la explicación y la atribución de propiedades. Para avanzar en esta dirección detengámonos en caracterizar la segunda concepción de la crítica que mencionamos al inicio de este capítulo: la crítica como *estrategia*.

*La crítica como estrategia*⁸

Desde un diagnóstico muy similar al que construimos en el capítulo pasado referente a las limitaciones que la autorreferencia teórica impone a la tarea de pensar en una realidad social *abierta* –y respondiendo al riesgo advertido por la teoría crítica respecto a la posible contradicción entre la complejidad de la sociología y la de su objeto–, Hugo Zemelman señala la

⁸ Aun cuando el autor de la propuesta que presentamos (Hugo Zemelman) no habla de la *crítica* como una *estrategia*, creemos conveniente utilizar esta categoría recuperando a Edgar Morin cuando plantea que “la palabra estrategia se opone a la palabra programa” (Morin, 1994: 115). Según el autor francés, mientras un *programa* resulta útil ahí donde encontramos “un ambiente estable [pues] no obliga a estar vigilante. No obliga a innovar” (*Idem*), “la estrategia permite, a partir de una decisión inicial, imaginar un cierto número de escenarios para la acción, escenarios que podrán ser modificados según las informaciones que nos lleguen en el curso de la acción y según los elementos aleatorios que sobrevendrán y perturbarán la acción” (*Ibid*: 113). Como veremos, la concepción de la *crítica* que se lee en la obra de Zemelman constituye una *forma de hacer* que, oponiéndose al imperativo teórico de la atribución de propiedades jerarquizadas, permite *imaginar escenarios* para los procesos sociales a los que se refiere.

“necesidad de adentrarse en el proceso constitutivo de lo real” (Zemelman, 1992A: 204).

En consonancia con lo planteado por la teoría crítica, para el sociólogo chileno conseguir lo anterior pasa necesariamente por extender el campo de visibilidad del conocimiento hacia *escenarios futuros*, es decir, por “trasladar el eje de razonamiento hacia lo no dado” (Zemelman, 1992B: 78).

Según el autor, atender desde el conocimiento ese sector de lo real que *aún no* constituye un observable, es posible sólo si se está dispuesto a ver en las condiciones sociales existentes *algo más* que el resultado de los procesos sociales precedentes: “La incorporación de la exigencia de futuro tiene implicaciones sobre el concepto que se tenga de realidad, pues implica que ésta deje de ser el simple producto de una génesis para devenir en un producente” (Zemelman, 1992A: 24).

Zemelman destaca que el desafío consiste en “potenciar la realidad presente” (Zemelman, 2003: 52), es decir, en tensar la realidad observable hacia el advenimiento de un futuro cuya posibilidad “no es movida [sólo] por la inercia, sino por un proceso activo de construcción socio-subjetiva” (Sacristán, 2003: 9).

Esto, a lo que el autor se refiere con la invitación a asumir “el supuesto de la realidad en movimiento”⁹ (Zemelman, 1992A: 183), implica romper con la imagen de *objetos socialmente contruidos* que tradicionalmente tienen los observables en las teorías sociales y trabajar con base en *observables socialmente construibles*. Es justo esto a lo que se dedica la *crítica* tal y como es defendida en la propuesta que estamos revisando (*Ibid*: 57, 171).

⁹ “El movimiento, en tanto supuesto, carece de atributos en la medida en que es un indeterminado que tiene la función de ser una exigencia epistemológica para la construcción de conocimiento. Se expresa en la modalidad categorial del «dándose», pero el movimiento en tanto «dándose» implica la idea de devenir, la referencia a una mecánica por medio de la cual opera. Como supuesto, lo que nos interesa es el movimiento y no su mecánica [...]. En este sentido, el movimiento estará siempre indeterminado porque no

Lo que habría que preguntarse es cómo la crítica puede cumplir esta ambiciosa tarea. Pues bien, Zemelman plantea que la única forma en que el conocimiento puede atender la dimensión *posibilitadora* de las condiciones sociales observables, es rompiendo con el límite que impone la no-contradicción (Zemelman, 1992B: 88) de las estructuras teóricas:

Las estructuras teóricas acumuladas son la principal determinación del pensamiento en tanto constituyen un sistema de referencias que circunscriben el pensar a ciertos ángulos de reflexión. [...] Liberar el razonar de este sistema de referencias es una condición para que éste se pueda abrir hacia lo real para hacerse sensible a las exigencias de objetividad expresadas en el supuesto de la realidad en movimiento (Zemelman, 1992A: 183).

Desde la certeza de que “el pensar no puede quedar sometido a las condiciones formales de la teoría ya que, simultáneamente, debe cuestionarlas” (*Ibid*: 158), el autor propone una estrategia –la *lectura categorial*– que, oponiéndose al imperativo teórico de la atribución de propiedades, constituye la *dimensión crítica* del conocimiento sobre lo social.

En los siguientes apartados revisamos detalladamente la estrategia propuesta por el autor chileno destacando cómo su puesta en marcha modificaría el cuadro de operaciones de la disciplina.

reconoce una estructura categorial que sea identificable desde la partida” (Zemelman, 1992A: 199).

La lectura categorial:

El tránsito de lo pensado a lo pensable

En términos generales, la *lectura categorial* consiste en “separar a los conceptos del corpus teórico del que forman parte” (Zemelman, 1987: 40). Esta estrategia, que implica “saber leer lo teórico desde fuera de lo teórico” (Zemelman, 1992A: 147), tiene por objetivo que la tarea de definir observables (que es planteada por el autor con la categoría de la *aprehensión*) no se encuentre determinada por el contenido que los conceptos tienen en virtud del lugar que ocupan en la estructura teórica cuya consistencia sintáctica contribuyen a sostener.¹⁰

Así, recuperando al *análisis* entendido como *descomposición en unidades constituyentes* (Elías, 1990: 201), la *lectura categorial* consiste en utilizar a “los conceptos desprendidos de su significación teórica-explicativa” (Zemelman, 1992A: 198).

Decíamos en el capítulo anterior que, según Wright Mills “la gran teoría está ebria de sintaxis y ciega para la semántica” (Mills, 1961: 52). Pues bien, aun cuando Zemelman no utiliza estas definiciones lingüísticas, se puede sostener que la *lectura categorial* es una estrategia encaminada a recuperar la *disponibilidad semántica* de los conceptos mediante una suspensión –que nos recuerda a la *puesta entre paréntesis* fenomenológica– de su *determinación sintáctica*¹¹:

La obediencia incondicional a un *organon* de reglas lógicas tiende a producir un efecto de “clausura prematura”, al hacer desaparecer,

¹⁰ En una tónica similar, Niklas Luhmann plantea lo siguiente: “En la forma monográfica de la redacción de los libros no puede hacerse explícita de manera adecuada [la] arquitectura teórica. [...] Precisamente la descomposición de la teoría en conceptos individuales [...] evidencia el problema de la recombinación, como sucedería si algo que haya crecido de manera más o menos natural fuera llevado a un laboratorio de tecnología genética y debiera establecerse en cuántos modos nuevos es posible formarlo nuevamente” (Luhmann, 1996: 13).

¹¹ Desde esta perspectiva, la *disponibilidad semántica* de los conceptos es *inversamente proporcional* a su *determinación sintáctica*.

como lo diría Freud, “la elasticidad de las definiciones”, o como lo diría Carl Hempel, “la disponibilidad semántica de los conceptos” que constituye una de las condiciones del descubrimiento, por lo menos en ciertas etapas de la historia de una ciencia o del desarrollo de una investigación (Bourdieu, *et. al.*, 1998: 21).

Recuperar la *disponibilidad semántica* de los conceptos –su *función epistemológica* (Zemelman, 1987: 40)– permite, según Zemelman, que en el momento de la *aprehensión*, el conocimiento trabaje con base en *relaciones posibles* entre conceptos:

Este aislamiento [del concepto] suspende las relaciones teóricas o de jerarquía de determinación, y hace necesario vincular los conceptos a través de relaciones posibles, esto es, con base en el juego de vinculaciones que responda al supuesto de articulación de los procesos, aunque sin proporcionar a la articulación una estructura definida (*Ibid*: 40–41).

Como lo planteamos en el capítulo pasado, una de las grandes limitaciones que la autorreferencia teórica impone a la disciplina es que permite *pensar sólo lo que ha sido pensado*. Las relaciones que los conceptos establecen entre sí en el enfoque teórico al que se adscriben configuran justo el marco de *lo que ya ha sido pensado*. Desprendidos de estas relaciones, los conceptos pueden ser organizados, en el momento de la delimitación de observables, con base en *relaciones posibles*.

Si las *relaciones teóricas* entre conceptos constituyen lo *pensado*, las *relaciones posibles*, abren el conocimiento hacia lo *pensable*:

Esto define un marco particular para el uso de los conceptos, los cuales han de ser susceptibles de ser utilizados según una lógica que busca definir lo posible de ser pensado racionalmente antes que restringirlo a lo simplemente teorizado (Zemelman, 1992A: 198).

Así, reconociendo que “toda estructura conceptual tiene un límite” Zemelman plantea que la cuestión está en “si estamos o no condenados a pensar siempre al interior del límite” (Zemelman, 2003: 31).

Dicho esto, habría que ponderar el aporte que este tránsito de lo *pensado* hacia lo *pensable*¹² –en el que Zemelman deposita la posibilidad de que el conocimiento sea capaz de captar, a partir de las *propiedades* de lo *real dado*, *campos de posibilidad*¹³ para lo *real dándose*– puede hacer a una empresa como la que nos hemos propuesto.

Con lo anterior como objetivo, en los siguiente apartado intentamos delinear las relaciones que pueden establecerse entre la *teoría* y la *crítica* en la propuesta que estamos revisando. Conscientes de que para establecer relaciones que entre dos elementos, es un requisito indispensable distinguir claramente a uno de otro, trabajaremos primero en establecer la diferencia entre teoría y crítica.

¹² Una formulación similar se lee en la obra de Sergio. El sociólogo de origen argentino plantea que lo *cognoscible* no debe entenderse como lo opuesto a lo que no es cognoscible sino como “el conjunto de lo que ya conocemos y de lo que podemos llegar a conocer” (Bagú, 1970: 12).

¹³ Aun cuando su análisis rebasa por completo los alcances de este trabajo, creemos importante mencionar que, en la categoría del *hábitat* de Zygmunt Bauman (autor del libro titulado *Pensando sociológicamente*, así, en gerundio), se puede encontrar un ejemplo muy interesante de la delimitación de *campos de posibilidades*: “La teoría sociológica de la posmodernidad [...] tiene por objeto el agente social (*agency*), pero más correctamente, el *hábitat*, en el que operan los agentes y al cual producen en el curso de su accionar. En cuanto el hábitat contiene una sumatoria de recursos para cualquier posible acción, es también un campo donde las orientaciones de la acción (*action-orienting*) y el sentido otorgado a la acción (*action-oriented*) siguen tramas específicas: el hábitat es el territorio de la libertad tanto como de la dependencia constitutivas de los agentes (tal como son percibidas). A diferencia de las totalidades-sistema, el hábitat no

Distinción entre teoría y crítica:

La realidad estructurada y la realidad estructurable

Decíamos en el capítulo anterior que en nuestra disciplina, detrás de los abismos que separan entre sí a los distintos enfoques teóricos en los terrenos explicativo y metodológico, el “descubrir desde una actitud teórica una realidad estructurada” (Habermas, 1993: 162) es un *imperativo epistemológico* (que alude a las condiciones del conocer) aceptado de manera generalizada.

Todo *imperativo epistemológico* parte de un *supuesto ontológico*. Las *condiciones del conocer* se establecen siempre a partir de la idea más general que se tiene acerca de cómo es aquello que se ha de conocer.

Pues bien, el *imperativo epistemológico* de “interrogar a los hechos respecto de las relaciones que los constituyen en sistema” (Bourdieu, *et. al.*, 1998: 93) parte de la *suposición ontológica fundamental* que establece el carácter *estructurado* de lo social (Habermas, 1993: 163). La naturaleza *estructurada* de la teoría constituye así el *correlato* de la naturaleza *estructurada* de lo real.

Ya hemos señalado en el primer capítulo los límites que este *supuesto ontológico* presenta si reconocemos la existencia de sectores de lo real que, en la medida en que *aún no* tienen forma, *aún no* figuran en el mapa de eso que ya está *estructurado*.¹⁴ Hemos dicho también que la teoría es incapaz de trabajar con observables siempre abiertos a asumir formas *inesperadas* en virtud de la intervención deliberada de actores sociales que transforman determinaciones en recursos.

determina la conducta de los agentes ni define sus sentidos; es ni más ni menos una locación donde la acción y los sentidos son *posibles*” (Bauman, 2002: 163).

¹⁴ En una tónica muy similar, Bauman plantea lo siguiente: “Una sociología acoplada a las condiciones de la posmodernidad tendría que reemplazar la categoría de sociedad por la de socialidad, que trata de transmitir esa modalidad procesual de la realidad social, el juego dialéctico entre patrón y contingencia (o, desde el punto de vista de los agentes, entre libertad y dependencia); y que al no asumir un carácter estructurado de los

Si relacionamos esto con lo planteado en el capítulo anterior, podemos sostener que si la teoría no puede captar a la *complejidad de lo social entendida como presente social*, es porque ésta alude a un *supuesto ontológico* distinto al que señala la naturaleza *estructurada* de la realidad social; la *complejidad* señala la naturaleza *estructurable* de esa misma realidad. La diferencia es tenue¹⁵ pero profundamente relevante, pues en identificarla se juega la posibilidad de defender a la *crítica* como una estrategia necesaria en tanto llama a la disciplina a atender un *supuesto ontológico* distinto al atendido por la teoría.¹⁶

Así, para distinguir claramente entre teoría y crítica basta con señalar que constituyen *imperativos epistemológicos* distintos que parten de *supuestos ontológicos* distintos; la teoría parte del *supuesto de una realidad social estructurada* y la crítica del *supuesto de una realidad social estructurable*. Mientras la *estructura* conceptual de un enfoque teórico constituye el correlato de la *estructura de los objetos en el mundo*, la *estructurabilidad* conceptual de la crítica –recordemos que la crítica trabaja con base en *relaciones posibles* entre conceptos– constituye el correlato de la *estructurabilidad de los objetos en el mundo*.

Establecida la distinción entre teoría y crítica, en las siguientes líneas procuramos delinear las relaciones que se pueden tejer entre estas dos dimensiones en el marco de la propuesta que estamos revisando.

procesos sociales, considere toda estructura dada como un resultado emergente” (*Ibid*: 162).

¹⁵ Sobre todo porque señalar la naturaleza *estructurable* de lo real constituye un resultado de asumir las consecuencias que tiene el señalar su naturaleza *estructurada*. En el primer capítulo definimos al *presente social* como un llamado a asumir las consecuencias de sostener que la realidad social es una construcción humana. Decíamos en aquellas líneas que quizá la principal consecuencia de esto es la que señala a la realidad social como el espacio de lo que *aún no* se construye, es decir como el espacio de lo *construible* (Zemelman, 1992B: 24).

¹⁶ En la medida en que atiende un *supuesto ontológico* distinto la *crítica como estrategia* no puede ser considerada un *tipo* de teoría.

La teoría como recurso y horizonte del pensamiento

Ya hemos dicho que, cuando es entendida como una estrategia, la crítica consiste en “pasar de lo articulado [...] a su articulabilidad en función de nuevos contenidos” (Zemelman, 1992B: 78), es decir, en el tránsito de lo *pensado* –como correlato de lo *estructurado*– a lo *pensable* –como correlato de lo *estructurable*–.

Al proponer esto, lejos de desvirtuar el papel de la teoría en el conocimiento de lo social, Hugo Zemelman se limita a “re-acomodar su lugar en el proceso de investigación” (Sacristán, 2003: 8). Convencido de que *pensar* es más que *explicar* (Zemelman, 1992A: 184), el autor plantea la necesidad de que, en el momento de la *aprehensión*, el conocimiento establezca una relación con la realidad que no atribuya anticipadamente propiedades a los observables en virtud de la estructura conceptual del enfoque teórico que se haya asumido:

Aunque el principio de criticidad no pretende llevar a la negación de ésta [la teoría], sí contempla la instancia en la cual la teoría juega como elemento de aprehensión e implica la proposición de usos de teoría que rompan con la inercia del sistema articulado de determinaciones con contenido y jerarquía (Lizón, 1983: 12).

Recordemos que la *crítica* se materializa como estrategia en la *lectura categorial*, es decir, en el uso de conceptos teóricos desprendidos de su ubicación en la estructura conceptual (enfoque teórico) cuya *consistencia sintáctica* contribuyen a soportar. La *lectura categorial* se plantea como una estrategia encaminada a que, en el momento de la delimitación de observables, la teoría constituya no una *determinación*, sino un *recurso* para el pensamiento:

Si la realidad verdaderamente es pensada desde la perspectiva de que está en movimiento, cualquier delimitación conceptual (y por lo tanto teórica) que se haga de ella expresa un momento y también la posibilidad de otros nuevos. Por eso, cualquier límite conceptual reviste simultáneamente una doble condición: ser un producto al mismo tiempo que ser un producente (Zemelman, 1992B: 75).

Así, cuando es *leída categorialmente*, “la teoría aparece como un punto de partida abierto que permite captar algo que está fuera de su propio ejercicio explicativo” (Lizón, 1983: 11).

Al proponer esto, Zemelman parte de que los conceptos pueden cumplir dos tipos de funciones:

Primera, servir de instrumentos de la forma de razonamiento problematizador para organizar la relación con la realidad, con base en sus elementos conceptuales componentes aunque utilizados fuera de la lógica interna del sistema conceptual; y segunda, la función de explicación o solución de cierre a esta construcción abierta (Zemelman, 1992A: 165).

Cuando una categoría cumple la primera función, es una *categoría crítica* en la medida en que permite “trascender la situación actual o dada” (Zemelman, 2003: 53); cuando cumple la segunda, es una *categoría teórica* en la medida en que atribuye propiedades en virtud de una estructura conceptual de relaciones jerarquizadas.

Al hacer esta distinción, lo que el autor propone es que el conocimiento trabaje con *categorías críticas* al *aprehender* y con *categorías teóricas* al *explicar*, es decir:

Trabajar en el momento de la aprehensión-problemática con enunciados no-atributivos de propiedades; aunque sean la base de la apropiación racional que culminará con la formación de predicativas

de contenido en el momento de la explicación (Zemelman, 1992A: 206).

Y es que la propuesta de Zemelman no renuncia a la ambición de *explicar* el mundo. Si la *lectura categorial* tiene un objetivo, es el de arribar a explicaciones teóricas construidas sobre la base de la “apertura de la razón para estar en capacidad de confrontarse con lo inédito” (Zemelman, 1996: 40).

La teoría aparece así, en la propuesta de Zemelman, bajo dos formas. Lo *teorizado* como *recurso* para el pensamiento y lo *teorizable* como su *horizonte*:

Es conveniente distinguir entre el momento de la teoría construida y los momentos del movimiento creador de la teoría, que lleva a pensar fuera de ella; esto es, a pensar la realidad como base de alternativas potenciales de teorización, lo que exige definir ángulos de lectura de la realidad que no signifiquen, en principio, una inclusión de sus elementos observables como “piezas de un todo conceptual” (Zemelman, 1992A: 160).

Dicho lo anterior, estamos en condición de regresar a la cuestión que dejamos abierta líneas atrás cuando nos preguntábamos qué es lo que la disciplina tendría que modificar en el cuadro de sus operaciones para ser capaz de trabajar desde la distinción “entre aquello que el hombre y las cosas pueden ser y aquello que fácticamente son” (Herbert Marcuse, *Cit. Pos.* Habermas, 2001B: 540).

En el capítulo anterior planteamos que, si observamos panorámicamente el conjunto de operaciones que la disciplina pone en marcha en el marco de una investigación concreta, podemos ubicar al menos tres en las que la adscripción a un determinado *enfoque teórico* tiene un papel claramente preponderante: a) la delimitación de

observables, *b)* la definición de enunciados hipotéticos y, *c)* la presentación de las conclusiones. Decíamos además que las categorías teóricas utilizadas desde *a* hasta *c* señalan fenómenos prácticamente idénticos aun en el caso de que la hipótesis inicial resulte “refutada”, pues contienen una carga teórica de la que difícilmente pueden prescindir en el desarrollo de la investigación sin poner en cuestión la consistencia lógica del enfoque teórico al que están adscritas. En las primeras páginas de este capítulo agregamos a esto que lo único que la realidad puede oponer a un cuadro de operaciones como éste son *rangos de desviación*.

Pues bien, la incorporación de la crítica a este cuadro de operaciones apuntaría a que *a)* se delimiten observables con base en categorías que, desprendidas de lo *teorizado*, presenten la mayor *disponibilidad semántica* posible de tal manera que; *b)* en lugar de enunciados hipotéticos, se plantee un *horizonte teorizable* (relaciones posibles entre categorías) en virtud del despliegue del proceso observado y, finalmente; *c)* se arribe a una *explicación teórica* como correlato de la *estructura* del sector de realidad observado¹⁷.

Más allá de los resultados que la *aplicación* de esta secuencia de operaciones arroje en el marco de una investigación concreta,¹⁸ todo lo dicho nos lleva a ubicar en la incorporación de la crítica como estrategia al cuadro operaciones de la disciplina, las posibilidades de lo que aquí hemos llamado *sociología en gerundio*.

¹⁷ Recordemos que la propuesta que estamos revisando no renuncia a la ambición de la explicación teórica. Al reacomodar su lugar en el proceso de investigación, lo que Zemelman plantea es que “la explicación tendría que contener a la apertura” (Zemelman, 1992A: 201).

¹⁸ Aun cuando analizar esto rebasa por completo los objetivos y las posibilidades de este trabajo, cabe mencionar que la poca claridad con la que Zemelman traduce el imperativo epistemológico que defiende en procedimientos metodológicos específicos, es uno de los grandes vacíos de su propuesta. Estamos obligados a reconocer que en este trabajo heredamos ese gran límite. En el único texto en el que el autor declara estar *aplicando* esta propuesta (1987), se leen una serie de *investigaciones tipo* basadas en una especie de *multiplicación de variables* cuya pertinencia no es aclarada de manera convincente.

Sociología en gerundio

El correlato entre sociología y complejidad social

En líneas anteriores planteamos a la *crítica* y a la *teoría* como dos *imperativos epistemológicos* distintos en la medida en que atienden a dos *supuestos ontológicos* distintos. Decíamos entonces que la *estructura* conceptual de un enfoque teórico constituye el *correlato* de la *estructura* de la realidad social y la *estructurabilidad* conceptual de la crítica constituye el *correlato* de la *estructurabilidad* de esa misma realidad.

A partir de lo anterior, en las siguientes, y últimas, líneas de este capítulo, intentamos demostrar que la relación que se teje entre estos dos *imperativos epistemológicos* constituye el *correlato* de lo que aquí hemos llamado la *complejidad* de lo social.

Cuando en el primer capítulo planteamos a la *complejidad* como el desafío que a la disciplina impone el *presente social*, definimos a este último como *el espacio en el que los actores sociales se insertan en una realidad transformando lo que el mundo les impone como determinaciones en recursos en virtud de un aún-no, es decir, en virtud de un proyecto*.

Pues bien, la incorporación de la crítica al cuadro de operaciones de la sociología, hace de ésta *el espacio en el que, el sujeto que la ejerce, se inserta en el estudio de una realidad social transformando lo que el pasado de la propia disciplina le impone como determinaciones (lo teorizado) en recursos en virtud de un aún-no, es decir, de un proyecto de explicación teórica*.

Si el conocimiento reconoce como propia la dinámica en la que la realidad social se construye, es decir, si se logra establecer un correlato “entre el pensar abierto y la realidad abierta” (Zemelman, 1983: 38), se podrá volver a hablar, según Zemelman, de una *correspondencia entre pensamiento y realidad*: “la correspondencia que puede establecerse entre

realidad y pensamiento se alcanza transformando la estructura dinámica del movimiento real-objeto en estructura lógica del pensamiento” (*Ibid: 22*).

Cuando el pasado teórico (*lo teorizado*) de la disciplina adquiere la forma del *pasado presente*, y su futuro teórico (*lo teorizable*) la del *futuro presente*, la sociología, como la realidad a la que ella se refiere, opera en *gerundio*.

Una *sociología en gerundio* será capaz de “confrontarse con lo inédito” (Zemelman, 1996: 40) porque *lo inédito* formará parte de su propia dinámica; una *sociología en gerundio* será capaz de captar la *incertidumbre* porque la vivirá como un escenario doméstico.

Conclusiones

Ya hemos aprovechado las primeras páginas de este trabajo para presentar el itinerario que seguimos en la exposición de las problemáticas que hemos abordado. Así es que en las siguientes líneas nos tomamos la libertad de presentar tres últimas reflexiones. La primera tiene que ver con un episodio de la construcción de este trabajo que no aparece de manera explícita en la secuencia en la que fueron presentados los capítulos que lo conforman y que puede dar al lector un ángulo de lectura importante. En la segunda revisamos algunas aristas de lo que, nos parece, podría ser uno de los grandes límites de este trabajo. Finalmente, en la tercera cerramos con una *provocación* respecto a cómo se puede pensar la idea de la *acumulación* científica a la luz de lo que hemos planteado.

I

La trayectoria que se lee en el capitulado de este trabajo va de *a)* la caracterización de la *complejidad* como un desafío para la disciplina a; *b)* la caracterización de los límites que la *teoría* impone a la tarea de enfrentar ese desafío y, finalmente, a; *c)* la caracterización de la *crítica* como una estrategia que permite trascender esos límites.

Lo que no se lee en esta secuencia, es que en el momento en el que iniciamos caracterizando a la *complejidad*, ya habíamos aceptado la *invitación* que titula a nuestro último capítulo.

En aquellas líneas, planteamos que la incorporación de la *crítica* al cuadro de operaciones de la disciplina apuntaría a que, en el momento de la delimitación de observables, se trabajara con base en categorías que presentaran la mayor *disponibilidad semántica* posible. Pues bien, el uso aparentemente *discrecional* que dimos a categorías como las de *acción*, *sentido* y *complejidad* en el primer capítulo, las de *ciencia normal*, *clausura operacional* y *autorreferencia* en el segundo, o las de *adjetivo*, *estrategia* y *crítica* en el tercero, estaba dirigido justamente a recuperar la *disponibilidad semántica* de estas definiciones.

Explicitar este episodio tiene por objetivo que este trabajo sea pensado no sólo desde los alcances y los límites que pueden tener las definiciones que en él se establecen, sino también como un *ejercicio* de lo que aquí hemos llamado *lectura categorial*.

II

Ya habíamos señalado que en este trabajo heredamos algunas de las limitaciones de la propuesta con la que cerramos el tercer capítulo, la *lectura categorial*. Concretamente, hemos reconocido que no contamos con las herramientas suficientes para proponer las pautas metodológicas en las que podría materializarse el *uso de las categorías desprendidas de su ubicación en un enfoque teórico*.

Adicionalmente, se podría decir que si la estrategia propuesta cobra sentido en la necesidad de trascender la aplicación mecánica de las categorías de un enfoque teórico a la realidad, la *lectura categorial* es el arma que proponemos emplear *peleándonos con un fantasma*. Esto porque es cuando menos discutible que, en el marco de un proceso de investigación, se utilicen categorías informadas sólo por un enfoque teórico. Lo común es que toda *categoría inicial* sufra *ajustes* en la caracterización del fenómeno al que se enfrenta. En este sentido, podríamos sostener que lo que aquí se presenta como una *propuesta* es, en realidad, un proceso natural de la disciplina, algo que *de por sí ocurre*.

Aun cuando lo anterior parece bastante convincente, creemos que vale la pena explicitar los imperativos epistemológicos de los que se desprenden esos *procesos naturales*. Esto es justo lo que intentamos hacer en el tercer capítulo.

Paralelamente, el señalar, como lo hemos hecho, que la importancia de la crítica nace de la necesidad de enfrentar una *complejidad* signada por capacidad de los actores sociales de convertir lo que el mundo les impone como determinaciones en recursos en virtud de un proyecto de futuro, implica que el *recuperar la disponibilidad semántica de las definiciones* se asuma como un *imperativo ético* para la disciplina.

III

Al inicio del primer capítulo decíamos que la posibilidad de conocer aquello que no se conoce es uno de los motores que mueven a la ciencia. Ahora bien, si lo *cognoscible* aparece como una *posibilidad* para la ciencia es porque ésta trabaja con base en la certeza que señala el carácter *acumulativo* de sus *descubrimientos*: “si he visto más lejano es porque me encontraba sobre los hombros de los gigantes” (Isaac Newton *Cit. Pos.* Cisneros y Pérez, 2000: xi).

Hemos argumentado ya de distintas maneras que, en sociología, el pasado teórico de la disciplina –nuestros *gigantes*– puede representar un obstáculo para arribar a nuevos *descubrimientos*. ¿Cómo podemos pensar en la *acumulación* si defendemos a la *deconstrucción* de ese pasado como una operación fundamental para la disciplina?

A la luz de lo que hemos trabajado podríamos proponer una adición a la metáfora de Newton: *si he visto más lejano es porque me encontraba sobre los hombros de los gigantes... y me bajé.*

Bibliografía

- ∞ Adorno, Theodor W. (1978), “Sobre la lógica de las ciencias sociales” en Theodor W. Adorno, Ralf Dahrendorf, Jürgen Habermas y Karl R. Popper, **La lógica de las ciencias sociales**, Grijalbo, México.

- ∞ Alexander, Jeffrey (mimeo), **La acción social y sus entornos**, traducción inédita de Adriana Murguía Lores del texto “Action and its environments”.

- ∞ ----- (1990), “La centralidad de los clásicos” en Anthony Giddens, Jonathan Turner, *et. al.*, **La teoría social hoy**, Alianza Universidad, Madrid.

- ∂ ----- (2000A), **Las teorías sociológicas desde la Segunda Guerra Mundial**, Gedisa, Barcelona.
- ∂ ----- (2000B), **Sociología Cultural. Formas de clasificación en las sociedades complejas**, Anthropos/Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, México.
- ∂ Anderson, Perry (1985), **Teoría, política e historia. Un debate con E. P. Thompson**, Siglo XXI, Madrid.
- ∂ Bagú, Sergio (1970), **Tiempo, realidad social y conocimiento**, Siglo XXI, México.
- ∂ Baraldi, Claudio, Giancarlo Corsi y Elena Esposito (1996), **Glosario sobre la teoría social de Niklas Luhmann**, Anthropos/Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente/Universidad Iberoamericana, México.
- ∂ Bauman, Zygmunt (1994), **Pensando sociológicamente**, Nueva Visión, Buenos Aires.
- ∂ ----- (2002), "Para una teoría sociológica posmoderna" en **Acta Sociológica**, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales/Universidad Nacional Autónoma de México, número 35, mayo-agosto de 2002, México.
- ∂ Berger, Peter y Thomas Luckmann (1968), **La construcción social de la realidad**, Amorrortu, Buenos Aires.
- ∂ Bourdieu, Pierre (2000), **Cuestiones de sociología**, Istmo, Madrid.

- ∞ Bourdieu, Pierre, Jean-Claude Chamboredon y Jean-Claude Passeron (1998), **El oficio del sociólogo**, Siglo XXI, México.
- ∞ Braudel, Fernand (1968), **La historia y las ciencias sociales**, Alianza Editorial, Madrid.
- ∞ Castañeda, Fernando (2002), “Acción social y racionalidad” en Fernando Castañeda y Mónica Guitián (Coordinadores), **Instantáneas de la acción**, Juan Pablos/Universidad Nacional Autónoma de México, México.
- ∞ Cisneros, Isidro H. y Germán Pérez Fernández del Castillo (2000), “Introducción” a Jeffrey C. Alexander, **Sociología cultural: Formas de clasificación en las sociedades complejas**, Anthropos/Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, México.
- ∞ Cohen, Ira J. (1990), “Teoría de la estructuración y *Praxis* social” en Anthony Giddens, Jonathan Turner, *et. al.*, **La teoría social hoy**, Alianza Universidad, Madrid.
- ∞ Comte, Augusto (1942), **Primeros ensayos**, Fondo de Cultura Económica, México.
- ∞ Dahrendorf, Ralf (1978), “Anotaciones a la discusión de las ponencias de Karl R. Popper y Theodor W. Adorno” en Theodor W. Adorno, Ralf Dahrendorf, Jürgen Habermas y Karl R. Popper, **La lógica de las ciencias sociales**, Grijalbo, México.
- ∞ De Sousa Santos, Boaventura (1998), **De la mano de Alicia: lo social y lo político en la postmodernidad**, Uniandes/Universidad de los Andes/Siglo del Hombre, Bogotá.

- ∞ Durkheim, Emile (1997), **Las reglas del método sociológico**, Fondo de Cultura Económica, México.
- ∞ Elias, Norbert (1990), **Compromiso y distanciamiento**, Península, Barcelona.
- ∞ ----- (1997), **Sobre el tiempo**, Fondo de Cultura Económica, México.
- ∞ ----- (1999), **Sociología fundamental**, Gedisa, Barcelona.
- ∞ Escalante, Beatriz (2000), **Curso de redacción para escritores y periodistas**, Porrúa, México.
- ∞ Germani, Gino (1961), “Prólogo” a C. Wright Mills, **La imaginación sociológica**, Fondo de Cultura Económica, Madrid.
- ∞ Giddens, Anthony (1995), **La constitución de la sociedad: bases para la teoría de la estructuración**, Amorrortu, Buenos Aires.
- ∞ ----- (1997), **Las nuevas reglas del método sociológico**, Amorrortu, Buenos Aires.
- ∞ ----- (1998), **Capitalismo y la moderna teoría social**, Idea Books, Barcelona.
- ∞ Giddens, Anthony y Jonatthan Turner (1990), “Introducción” a Anthony Giddens, Jonathan Turner, *et. al.*, **La teoría social hoy**, Alianza Universidad, Madrid.

- ∞ González Casanova, Pablo (1999), “Reestructuración de las ciencias sociales: hacia un nuevo paradigma” en Pablo González Casanova (Coordinador), **Ciencias sociales: algunos conceptos básicos**, Siglo XXI/Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades/Universidad Nacional Autónoma de México, México.
- ∞ Guitián Galán, Mónica (1985), **Durkheim, clásico del pensamiento positivo en sociología**, Tesis de Licenciatura en Sociología, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales/Universidad Nacional Autónoma de México, México.
- ∞ ----- (2002), “Acción, significación y racionalidad en Alfred Schütz” en Fernando Castañeda y Mónica Guitián (Coordinadores), **Instantáneas de la acción**, Juan Pablos/Universidad Nacional Autónoma de México, México.
- ∞ Habermas Jürgen (1978), “Teoría analítica de la ciencia dialéctica: Apéndice a la controversia entre Popper y Adorno” en Theodor W. Adorno, Ralf Dahrendorf, Jürgen Habermas y Karl R. Popper, **La lógica de las ciencias sociales**, Grijalbo, México.
- ∞ ----- (1993), **Ciencia y técnica como ideología**, Rei, México.
- ∞ ----- (2000), **Teoría y praxis: Estudios de filosofía social**, Tecnos, Madrid.
- ∞ ----- (2001A), **Teoría de la acción comunicativa I: Racionalidad de la acción y racionalización social**, Taurus, Madrid.
- ∞ ----- (2001B), **Teoría de la acción comunicativa II: Crítica de la razón funcionalista**, Taurus, Madrid.

- ∞ Heller, Ágnes (2000), **Historia y Futuro. ¿Sobrevivirá la modernidad?**, Península, Barcelona.
- ∞ Heritage, John C. (1990), “Etnometodología” en Anthony Giddens, Jonathan Turner, *et. al.*, **La teoría social hoy**, Alianza Universidad, Madrid.
- ∞ Hobsbawm, Eric J. (1997), **De historia**, Rizzoli, Milán.
- ∞ Holloway, John (2002), **Cambiar el mundo sin tomar el poder. El significado de la revolución hoy**, Herramienta Universidad/Autónoma de Puebla, Buenos Aires.
- ∞ Horkheimer, Max (2000), **Teoría tradicional y teoría crítica**, Paidós/Universidad Autónoma de Barcelona, Barcelona.
- ∞ Joas, Hans (1990), “Interaccionismo simbólico” en Anthony Giddens, Jonathan Turner, *et. al.*, **La teoría social hoy**, Alianza Universidad, Madrid.
- ∞ Jokisch, Rodrigo (2001), “La escuela de Frankfurt y la «teoría crítica». Apuntes metodológicos” en **Acta Sociológica**, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales/Universidad Nacional Autónoma de México, número 33, septiembre-diciembre de 2001, México.
- ∞ ----- (2002), “Observando la acción social. Apuntes desde el punto de vista de la metodología de las distinciones y desde una teoría operativa-culturalista de la sociedad”, en Fernando Castañeda y Mónica Guitián (Coordinadores), **Instantáneas de la acción**, Juan Pablos/Universidad Nacional Autónoma de México, México.

- ∞ Kozlarek, Oliver (2002), “Acción y normatividad. Un problema moderno” en Fernando Castañeda y Mónica Guitián (Coordinadores), **Instantáneas de la acción**, Juan Pablos/Universidad Nacional Autónoma de México, México.
- ∞ Lizón Ramón, Ma. Ángeles (1983), “Presentación” a Hugo Zemelman Merino, **Historia y política en el conocimiento: discusión acerca de las posibilidades heurísticas de la dialéctica**, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales/Universidad Nacional Autónoma de México, México.
- ∞ Löwy, Michael (2000), **¿Qué es la sociología del conocimiento?**, Fontamara, México.
- ∞ ----- (2002), **Walter Benjamin. Aviso de incendio**, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- ∞ Luhmann, Niklas (1996), “Prefacio” a Giancarlo Corsi, Claudio Baraldi y Elena Esposito, **Glosario sobre la teoría social de Niklas Luhmann**, Anthropos/ Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente/Universidad Iberoamericana, México.
- ∞ Marx, Carlos (1985A), “El dieciocho brumario de Luis Bonaparte”, en Carlos Marx y Federico Engels, **Obras escogidas**, Tomo I, Quinto Sol, México.
- ∞ ----- (1985B), “Tesis sobre Feuerbach” en Carlos Marx y Federico Engels, **Obras escogidas**, Tomo I, Quinto Sol, México.
- ∞ Melucci, Alberto (1999), **Acción colectiva, vida cotidiana y democracia**, El Colegio de México, México.

- ∞ Mills, C. Wright (1961), **La imaginación sociológica**, Fondo de Cultura Económica, Madrid.
- ∞ Modonesi, Massimo (2003), **La crisis histórica de la izquierda socialista mexicana**, Juan Pablos/Universidad de la Ciudad de México, México.
- ∞ ----- (2004), “Notas para una refundación de la historia contemporánea”, en Boris Berenzon y Georgina Calderón (Coordinadores), **Co-ordenadas sociales: Tiempo y espacio**, Universidad de la Ciudad de México, en prensa.
- ∞ Morin, Edgar (1994), **Introducción al pensamiento complejo**, Gedisa, Barcelona.
- ∞ Münch, Richard (1990), “Teoría parsoniana actual: en busca de una nueva síntesis” en Anthony Giddens, Jonathan Turner, *et. al.*, **La teoría social hoy**, Alianza Universidad, Madrid.
- ∞ Muñoz, Jacobo (2000), “Introducción” a Max Horkheimer, **Teoría tradicional y teoría crítica**, Paidós/Universidad Autónoma de Barcelona, Barcelona.
- ∞ Natanson, Maurice (1995), “Introducción” a Alfred Schütz, **El problema de la realidad social**, Amorrortu, Buenos Aires.
- ∞ Pakman, Marcelo (1994), “Introducción” a Edgar Morin, **Introducción al pensamiento complejo**, Gedisa, Barcelona.
- ∞ Pérez Ransanz, Ana Rosa (1999), **Kuhn y el cambio científico**, Fondo de Cultura Económica, México.

- ∞ Popper, Karl R. (1978), “La lógica de las ciencias sociales” en Theodor W. Adorno, Ralf Dahrendorf, Jürgen Habermas y Karl R. Popper, **La lógica de las ciencias sociales**, Grijalbo, México.
- ∞ Real Academia de la Lengua Española (1992), **Diccionario de la lengua española**, Espasa Calpe, Madrid.
- ∞ Roitman Rosenmann, Marcos (1999), “La sociología: del estudio de la realidad social al análisis de sistemas” en Pablo González Casanova (Coordinador), **Ciencias sociales: algunos conceptos básicos**, Siglo XXI/Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades/Universidad Nacional Autónoma de México, México.
- ∞ Sacristán Fanjul, Ana María (2003), “Prólogo” a Hugo Zemelman, **Conocimiento y ciencias sociales. Algunas lecciones sobre problemas epistemológicos**, Universidad de la Ciudad de México, México.
- ∞ Sartori Giovanni (1998), **La política. Lógica y método en las ciencias sociales**, Fondo de Cultura Económica, México.
- ∞ Schütz, Alfred (1995), **El problema de la realidad social**, Amorrortu, Buenos Aires.
- ∞ Schütz, Alfred (1974), “Tiresias o nuestro conocimiento de sucesos futuros” en Alfred Schütz, **Estudios sobre teoría social**, Amorrortu, Buenos Aires.
- ∞ Searle, John R. (1997), **La construcción de la realidad social**, Introducción de Maurice Natanson, Paidós, Barcelona.

- ∞ Thompson, Edward P. (1989), **La formación de la clase obrera en Inglaterra**, Tomo I, Crítica, Barcelona.
- ∞ Turner, Jonathan H. (1990), “Teorizar analítico” en Anthony Giddens, Jonathan Turner, *et. al.*, **La teoría social hoy**, Alianza Universidad, Madrid.
- ∞ Valencia, Guadalupe (1999), “Palabras preliminares” en Pablo González Casanova (Coordinador), **Ciencias sociales: algunos conceptos básicos**, Siglo XXI/Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades/Universidad Nacional Autónoma de México, México.
- ∞ Wallerstein, Immanuel (1990), “Análisis de los sistemas mundiales” en Anthony Giddens, Jonathan Turner, *et. al.*, **La teoría social hoy**, Alianza Universidad, Madrid.
- ∞ ----- (Coordinador) (1996), **Abrir las ciencias sociales**, Siglo XXI/Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades/Universidad Nacional Autónoma de México, México.
- ∞ ----- (1998), **Impensar las ciencias sociales**, Siglo XXI/Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades/Universidad Nacional Autónoma de México, México.
- ∞ Weber, Max (1964), **Economía y Sociedad**, Fondo de Cultura Económica, México.
- ∞ Wolf, Eric (1987), **Europa y la gente sin historia**, Fondo de Cultura Económica, México.

- ∂ Zabłudovsky, Gina (1995), **Sociología y política, el debate clásico y contemporáneo**, Porrúa/Universidad Nacional Autónoma de México, México.
- ∂ Zemelman Merino, Hugo (1983), **Historia y política en el conocimiento: discusión acerca de las posibilidades heurísticas de la dialéctica**, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales/Universidad Nacional Autónoma de México, México.
- ∂ ----- (1987), **Conocimiento y sujetos sociales. Contribución al estudio del presente**, El Colegio de México, México.
- ∂ ----- (1992A), **Los horizontes de la razón. Uso crítico de la teoría. I: Dialéctica y apropiación del presente**, Anthropos/El Colegio de México, México.
- ∂ ----- (1992B), **Los horizontes de la razón. Uso crítico de la teoría. II: Historia y necesidad de utopía**, Anthropos/El Colegio de México, México.
- ∂ ----- (1996), **Problemas antropológicos y utópicos del conocimiento**, El Colegio de México, México.
- ∂ ----- (2003), **Conocimiento y ciencias sociales. Algunas lecciones sobre problemas epistemológicos**, Universidad de la Ciudad de México, México.